

◀ LUZ ARBALLO ▶



▶ LUCIEMPIERIUM ▶



# LUCIEMPIERIUM

LUZ ARBALLO ©

Andrea Vergara G.  
Andrés Pascuas Cano  
Editores

Nueve Editores  
Cuidado de textos  
Diseño y maquetación

Luz Arballo ©  
Arte de portada

Primera edición digital  
de descarga libre, enero 2022

[www.nueveeditores.com](http://www.nueveeditores.com)

Colección Indicios



Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito del titular del *copyright*.

LUZ ARBALLO

# LUCIEMPIERIUM

NOVELA

COLECCIÓN INDICIOS



## CAPÍTULO I

# Los primeros

El mundo no ha sido siempre como es, los tiempos no han sido siempre iguales; existieron otros tiempos, no muy lejanos en un pasado no tan distante, en los que cosas asombrosas sucedían, en los que por unos instantes el mundo que conocemos y el mundo antiguo se unieron con la muerte de la magia, el nacimiento de lo que hoy conocemos como común y del hombre que somos el día de hoy. Hace miles de años existieron seres parecidos a los humanos que poseían poderes inimaginables, en ese tiempo y para ellos era normal volar y manejar los elementos de la Tierra; se dice que estos seres crearon la apariencia de este planeta tal y como lo conocemos; con sus ríos, montañas azules y naranjas, flores y mares.

Ellos hicieron crecer la hierba bajo nuestros pies y tornaron azul el cielo para nosotros. Después de modificar la Tierra, poco a poco, estos seres fueron desapareciendo de su faz; uno a uno se fueron perdiendo, uno a uno dejaron de existir, desvaneciéndose en el aire; tal vez porque ya habían terminado su trabajo aquí o tal vez porque debían darle paso a otra especie. El hombre común llegó y los pocos seres mágicos que quedaban se alejaron a las montañas, a los bosques, a vivir dentro de los árboles, a beber de la lluvia; escondidos y protegidos del hombre.

Un día cálido, cuando el sol brillaba en tonos rosas, uno de estos seres se acercó a un río a beber, entonces vio a un niño que pescaba. Con mucho cuidado, llevado por su curiosidad, se aproximó nadando lento y sigiloso por debajo del agua. Nunca había tenido contacto con un humano y ese era el momento perfecto para conocerlos ya

que no eran algo que ellos habían creado. Rápidamente comenzó a cuestionarse su existencia: ¿Cómo llegaron aquí estos seres? ¿Quién los creó? ¿Por qué están aquí? Muchas preguntas asaltaron su mente mientras observaba al pequeño detenidamente. La piel del niño era oscura como el cielo nocturno y su cabello como las nubes que dejan salir un volcán en erupción, todo en él era extraño y nuevo pero aún así ese pequeño niño era parecido a él, tenían las mismas manos y los mismos pies; esto le causó un gran asombro y más ganas de saber quién lo había hecho aparecer en esta Tierra a la que ellos le llamaban «hogar». ¿Acaso eran intrusos? Él no lo parecía, era un ser dulce con la mirada inocente y en sus ojos podía ver la inmensa emoción de ver las cosas por primera vez, tal y como los ciervos al nacer miran al cielo deslumbrados por la luz. Hacía unas mil ochocientas lunas que el niño había llegado a la Tierra, calculó el ser mágico, pero al observarlo detenidamente y verlo tan feliz y amable con todo a su alrededor supo que no podría ser un intruso algo que estaba tan en contacto con la Tierra. El niño, sentado al borde del río, pescaba con hilo y una rama; en sus ojos se notaba el hambre pero aún así era paciente, callado y con una enorme esperanza en que algo picara en su anzuelo con pan.

Los minutos transcurrieron y en su observación a este pequeño notó cómo acariciaba el césped en el que estaba sentado, cómo sonreía al ver una mariposa pasar; no había dudas, este pequeño ser era parte del gran y vasto todo; era parte de su entorno y encajaba perfecto en el paisaje. No se imaginaba quién lo había creado ni por qué razón estaba ahí pero sin duda alguna estaba cerca de lo perfecto. Cada vez había menos seres mágicos en la Tierra, así que estos nuevos podrían ser los sucesores:

—Quien nos creó es posible que los creara a ellos también... —pensó mientras seguía observando a esta

dulce criatura pescar. Transcurrió el día y el ser mágico siguió sigiloso al pequeño a todas partes. Él jamás se percató de su presencia ya que era muy joven y cualquier cosa lo distraía y robaba su atención con facilidad: una flor violeta, una hoja flotante en el río o el zumbido de una abeja al pasar. Estaba al tanto de cualquier acontecimiento que no notaría la presencia del ser mágico que lo acechaba; además, podía esconderse tan bien entre los árboles que parecía ser parte de uno. Su piel era como su corteza, un tanto escamosa. Este era un ser mágico muy antiguo y su aspecto era viejo como el de los grandes pinos del bosque. Había estado ahí tanto tiempo que no pudo evitar seguir a este pequeño, ya que era algo tan nuevo y único para él; sabía de la existencia de los humanos y de sus capacidades y, aún más, que podían impresionarse fácilmente; sabía que los humanos eran seres frágiles por naturaleza, por esa razón sus antepasados habían decidido ir a la naturaleza y evitar ser vistos por los humanos, pero este pequeño no iba a notarlo así que quiso saber más de él. Al caer la noche el niño emprendió su camino de regreso a una cabaña cerca del río, no había tenido éxito en pescar algo, así que caminaba decaído por el sendero.

El mágico ser sintió una extraña energía: entre más se acercaban a la cabaña, se tornaba más pesado el aire alrededor del pequeño. El mágico ser no entendía qué sucedía o qué pasaba por su mente; había sido un hermoso día aunque no hubo peces que atrapar, pero cuando el sol saliera a un nuevo día habría las mismas o más posibilidades de pescar y de divertirse; de encontrar, de crear, de descubrir, de reír, de ver mariposas volar, de escuchar a las aves cantar. ¿Qué pasaba por la mente del pequeño niño que no miraba que pronto habría un nuevo día lleno de más cosas maravillosas?

Casi llegaban a la cabaña y el niño se detuvo un momento afuera, respiró profundo y se dispuso a entrar al

sombrío lugar. Esta acción terminó de capturar la atención de este ser mágico y sintió que tenía que saber qué sucedía con el pequeño, ya que se notaba bastante nervioso y acongojado. A toda velocidad, el ser mágico corrió a la ventana del lugar para ver qué o quién le esperaba allí dentro, debía ser un ser algo monstruoso o realmente aterrador para que el pequeño estuviera tan nervioso, algo mortal y terrible tenía que estarlo esperando. El ser mágico pudo ver que frente a la chimenea se encontraba un hombre que no se parecía en nada al pequeño niño; era más alto y su piel era muy clara, su cabello parecía césped seco y tenía una mirada terrible y llena de ira. El ser mágico nunca había visto algo igual y ahí pudo entender el temor que sentía el pequeño de tener que regresar a ese lugar con ese ser con aspecto tan terrible que le clavaba fijamente unos ojos penetrantes y lascivos. De pronto comenzaron a comunicarse y a pesar de que el ser no entendía lo que pasaba, ya que no sabía qué sonidos eran los que emitían y no conocía esa forma de comunicación, pudo darse cuenta de que algo andaba mal. La intensidad del sonido subió más y más y el pequeño se encogía con cada grito; sus ojos se agrandaron y brotaron lágrimas de ellos; sus pequeñas manos temblorosas se entrelazaban, las apretaba como si tuviera algo que no quisiera soltar. El ser mágico sintió el miedo y el dolor en su pequeño corazón, estaba sintiendo el desgarrador temor que atacaba su mente; se quedó a la expectativa ya que no sabía qué sucedería en los próximos minutos.

El hombre era más grande y fuerte que el niño pero no más que el ser mágico. De pronto, sintió un gran impulso de intervenir pero algo en él le decía que no podía, que no debía. Los sucesos que llegarían a continuación no eran su problema, no podía intervenir en el curso natural de estos seres a los que llamaban «hombres». El más grande comenzó a emitir sonidos aterradoros, quebró una botella

cristalina y brillante que sostenía en su mano y tomó al pequeño del cuello con ambas manos. El ser mágico sintió esta agresión muy personal e instintivamente quiso auxiliar al pequeño, se había dejado llevar un poco por el acalorado momento y decidió no hacer algo al respecto. El hombre no soltó al pequeño hasta que su cuerpo se aflojó por completo; empezó a pesar más y más y por fin lo dejó caer al suelo cuando ya no quedaba ni un suspiro más en él. Con asombro en su cara, el hombre caminó de lado a lado con confusión total en su mente, así que cargó al niño y, a paso veloz, salió de la cabaña.

El ser mágico no entendía qué haría ahora con el cuerpo del pequeño, así que los siguió en toda su apresurada caminata. El hombre se dirigió al río y al llegar al lugar entró en él cuidadosamente; cuando el agua le llegaba a las rodillas procedió a arrojar el cuerpo del niño, sin ninguna duda en si lo que hacía era lo correcto o no, solo lo abandonó ahí. El ser mágico no creía que ese pequeño con el que pasó el día, del que se había enamorado, yacía sin vida arrastrado por la corriente de aquel río del que no había podido sacar ni un solo pez. El pequeño desapareció de su vista, ya no estaba, se perdió en la corriente y pronto ya no existía más. El ser mágico sintió miedo por primera vez del hombre y de lo que era capaz de hacer; así que huyó al bosque y se refugió nuevamente ahí; si ellos jamás se enteraban de su existencia era lo mejor porque el hombre era curioso y si se sabía de seres mágicos en el bosque era muy probable que fueran a buscarlos para hacerles quién sabe qué.

¿Cómo un ser podía hacerle eso a uno de sus iguales? ¿A un pequeño lleno de miedo? A un ser tan brillante y hermoso, a alguien tan puro y tan cuidadoso con todo con lo que estaba en contacto, ese pequeño no había creado su entorno ni el mundo y aun así lo respetaba y amaba a su corta edad. No entendía cómo su



vida se había disipado así de fácil, pero había ocurrido y en unos minutos todo se había acabado. En el bosque y tan lejos de ellos como fuera posible estarían mejor como lo habían hecho hasta entonces. En los humanos no había más que maldad y odio, más valía dejarlo en el olvido y cuidarse de ellos. El poder que los mágicos tenían era grande, tanto que podían deshacerse de los hombres, pero como creadores de la naturaleza no podían intervenir, algo o alguien los había puesto ahí por alguna razón y eso era una cuestión que estaba más allá de sus manos, no había nada que hacer. Al fin y al cabo, eran vidas y las vidas buenas o malas se tenían que respetar. Ellos, aunque podían destruirlos, no lo harían, no era su función en la Tierra; su función era crear y hacer crecer la vida, no hacerla morir. La única forma de coexistir era esconderse y mantenerse lejos de ellos y que el curso de la vida, del tiempo y del todo siguiera, fuera malo o bueno. El ser mágico jamás olvidó al pequeño; sus ojos grandes, su piel al sol, su hermosa sonrisa y su voz. El sonido más dulce que había percibido, ya que el niño le cantó a las aves que volaban por las copas de los pinos una dulce melodía que jamás olvidaría. El mágico ser vivió con esa dulce imagen del hombre y con una pequeña esperanza en que tal vez si crecían más pequeños dulces como él podrían cuidar de la Tierra el día que ellos se fueran por completo. Aunque ya habían demostrado los hombres su maldad y egoísmo aún quedaba esa esperanza, ya que si alguna vez existió aquel niño tal vez podrían nacer más de estos niños, más bondad para la Tierra, para el mundo que los Luciempierium habían hecho crecer desde que llegaron. Pero ¿y si no? ¿Y si de verdad eran intrusos y un peligro para todo lo creado, no solo para ellos mismos? Nadie lo sabría.

Muchos soles pasaron, tantos que la cuenta se perdió, y de los pocos seres mágicos que quedaban cada

vez eran menos en el bosque, en los ríos, en los árboles y en las montañas. Desaparecieron en gran cantidad ya que algunos ya habían terminado su trabajo aquí y otros tantos cayeron en manos humanas. Esto último fue lo que acabó definitivamente con la magia del mundo. El hombre comenzó una cacería exhaustiva para acabar con todos los seres mágicos de los bosques y montañas, ahí los encontraban más fácilmente. Primero se creía que eran demonios y debían morir, era cuestión de tiempo para que algún humano los viera, ya que se extendían a lo largo y ancho del planeta, entrando a los bosques y montañas, así como a los mares en sus barcos. Ya sabían de su existencia y de sus poderes también. Creían que atrapándolos podrían obtener su poder y ser mejores que los demás. Hicieron con ellos barbaridades, los sacrificaron a algunos dioses, sin obtener respuesta y sin obtener su poder, así que probaron con asesinarlos para beber su sangre y obtenerlo directamente de sus cuerpos; los mutilaron, masacraron, molieron e ingirieron. Hicieron todo lo que se pudiera hacer para tener esos dones maravillosos; los consumieron por completo hasta que no quedó nada de ellos.

Algunos tomaron a estos seres de esclavos para que hicieran crecer sus campos, para que hicieran crecer sus árboles frutales y para que cuidaran a sus hijos a cambio de nada; a cambio de maltrato si no obedecían; encerrándolos y privándolos de alimentos hasta que un día morían. Y lo peor de todo es que al ver que no podrían obtener sus poderes bajo ninguna circunstancia no sintieron culpa o remordimiento, no hubo nada en sus corazones que los hiciera preguntarse al menos:

—¿Por qué lo hice?

El hombre estaba acabando con los seres mágicos que habitaron el mundo y que lo hicieron florecer para ellos.

## CAPÍTULO II

## La luz

El mundo estaba a punto de perder su brillo y algunas familias aún conservaban a algún ser mágico en la esclavitud, ya eran muy pocos los que quedaban así que los atesoraban y los mantenían en secreto con ellos. Una de esas familias con ocho hijos conservaba a una Luciempierium en su casa. Los padres trabajaban lejos en un poblado vecino y se iban por semanas; solo volvían unos días a llevar dinero y alimento a sus hijos; por esto, ellos conservaban a esta mágica criatura para que cuidara a los niños mientras ellos estaban lejos. No fue así al principio, la habían esclavizado para que hiciera crecer sus campos haciendo llover sobre ellos, pero llegó un momento en que tenían que irse lejos para trabajar más duro y decidieron que solo se quedara a cuidar a los niños; por ser una tarea demandante, solo le pidieron que se hiciera cargo de ellos. Los padres no eran tan malos, al menos la alimentaban y le habían quitado sus cadenas para que pudiera estar con los niños; aunque podía escapar con la libertad que ya poseía y que le habían dado, no era capaz de hacerlo. Ya amaba a esos niños que no tenían a nadie más que cuidara de ellos, no podía irse y dejarlos a su propia suerte; abandonarlos no era algo que estuviera en discusión.

Los pequeños llamaban a la mágica mujer «Luna» porque en las noches más oscuras y de terror ella hacía brillar más la luna si ellos se lo pedían; con esa luz iluminaba por completo la noche y el miedo se iba de sus corazones inocentes. Ella también atraía luciérnagas para ellos y las veían sobrevolar su casa toda la noche hasta que el sol salía. Luna hacía el papel de madre con los ocho pequeños día a día; cumplía las tareas necesarias para

que estuvieran bien y fueran felices. Los bañaba, vestía y alimentaba cada día, pero tanta cercanía hizo que Luna sintiera amor por ellos y así día con día se olvidaba un poco más de quién era; los quehaceres diarios y su rol de madre la alejaban de su naturaleza y había días tan confusos en los que no sabía cómo seguir afrontando esta extraña realidad en la que sentía amor y compasión por una raza que solo le había dado cosas negativas a la suya; se preguntaba constantemente cómo había llegado a sentir amor por esos pequeños y cómo ellos podían verla a ella como lo que llamaban «madre» y en qué momento había aceptado esta extraña forma de vivir.

Ella sabía que este no era su propósito en el mundo y aun así alejaba su deber en el planeta de su mente ignorando sus instintos de huir a plena naturaleza para coexistir feliz ahí, como debía de ser. Cada mañana al abrir sus ojos la imagen de la montaña venía a su memoria, esas montañas azules que apenas se distinguían a la distancia la llamaban, la aclamaban y la hacían suspirar, pero con tantas tareas, en el transcurso del día, esas voces que provenían de lo alto de las montañas se callaban y le dejaban un gran vacío en su interior. A veces soñaba que se encontraba en su hogar de nuevo sobrevolando el mundo en lo alto tan cerca de la luna y experimentando la libertad pero al despertar se encontraba en el mismo lugar haciendo las mismas cosas todos los días; la vida aburrida de los humanos cada vez se hacía más parte de ella, había asumido roles que estaban tan fuera de su entendimiento y que le parecían absurdos y banales, pero que aun así debía seguirlos si quería vivir bajo las absurdas leyes humanas; debía amar demasiado a esos niños para haber renunciado definitivamente al mundo al que ella realmente pertenecía. Los niños la amaban ya que era cariñosa con ellos y los pequeños eran muy felices aunque sus papás no estaban porque sabían que Luna jugaría con

ellos y les cantaría al anochecer, todo estaba bien si ella los despertaba cada mañana y los dormía cada noche.

Luna se cubría muy bien el cuerpo y la cara al salir al pueblo, cuando iba a comprar comida para los pequeños, ya que era la única Luciempierium en el pueblo y cualquiera podría dañarla, ella no confiaba para nada en los hombres y prefería andar con cuidado entre ellos. Los humanos no habían notado que no era una de ellos, no se habían percatado de que esta familia aún conservaba a esta mágica mujer y tenía que seguir en el anonimato, el hombre era un ser totalmente impredecible y el miedo que les tenía no le permitía dejarse ver más que por los niños y sus padres. Un día, como cualquier otro, se dirigió al mercado del pueblo, y mientras compraba tomates se le acercó una mujer de apariencia oscura que la invitó a pasar a una tienda pequeña, cubierta con telas y pieles de animales. Parecía un pequeño puesto y estaba más alejado del mercado. Luna, con algo de desconfianza y miedo, aceptó entrar al lugar, ya que no quería que la mujer se molestara con ella, temía que reaccionara de alguna manera y captar la atención de los hombres del mercado. En el lugar había demasiada gente y no quería que algo fuera de lo común ocurriera o que ellos notaran que no era humana.

Dentro de la tienda tenía todo tipo de extrañas cosas como velas, plantas, libros, huesos de animales y demás extraños artilugios; en el aire se respiraba un extraño aroma a humo y flores y era un lugar muy oscuro, solo algunas velas alumbraban el lugar con una tenue luz roja. La mujer instó a Luna a sentarse en una silla de madera muy antigua y le pidió que se descubriera la cara. Luna con temor le dijo que tenía frío y que no quería hacerlo, la mujer oscura sonrió y le dijo:

—Eres muy hermosa, no debes temer. Sé que eres un ser mágico porque yo también soy una mujer mágica como tú, soy una bruja.

Luna se sorprendió de que supiera quién era, pero al observarla supo que no era una Luciempierium y le pareció extraño que dijera que era una mujer con poderes siendo totalmente humana. Luna no podía negarlo así que le pidió que no dijera nada, que no le contara a nadie que ella había estado ahí, que no volvería al mercado jamás. La mujer, al verla tan alterada, le pidió que se calmara, le dijo también que eran igual de poderosas y ella nunca diría nada a ningún hombre o mujer del pueblo, solo le pidió que la dejara ver su rostro, le pidió que se descubriera ya que ella era vieja y quería ver a un Luciempierium antes de morir. Para ella eran los seres más importantes y poderosos de la tierra y solo quería ver uno de ellos a los ojos, quería sentir que la luz de su mirada la iluminara y así poder sentir la magia de la naturaleza en ella solo por una vez. Al ver la devoción de la vieja no pudo evitar sentir empatía y Luna la obedeció descubriendo su rostro; la mujer quedó maravillada con su extraña belleza y sus ojos de sol. Luna era de ojos amarillos y labios rojos, sus orejas eran puntiagudas y su cabello largo y blanco, su cuerpo era de una mujer común, delgada y larga. Luna se cubrió rápidamente y la mujer le dijo:

—Eres hermosa y un peligro también, puedo ver en tus ojos dorados que un día desatarás tu poder sobre quienes te han dañado.

Luna le dijo que ella jamás dañaría a nada ni a nadie, su función en la Tierra era la de crear y cuidar pero jamás la de destruir. La mujer le dijo que su magia se desbordaría un día, porque la había guardado mucho tiempo en su interior: contener tanto poder tenía un límite de tiempo. Luna quiso callarla y, un tanto molesta, le dijo:

—¿Tú qué sabes de magia, mujer?

La mujer le contó que había dos tipos de magia en el mundo; una era la magia natural, la de las estrellas, la de

la naturaleza, la de los Luciempierium. Acontecimientos naturales e inexplicables que han existido desde el comienzo del tiempo, desde los persas, en la astrología. Y la otra es no natural, dijo:

—Esta última es creada por gente como yo. Nosotros buscamos hacer contacto con cualquier tipo de entidad espiritual, nosotros la buscamos y adoptamos, pero es magia al final.

Le dijo que no eran tan diferentes y que podía confiar en ella al decirle que un día su poder se iba a desatar. Luna le agradeció la predicción y se retiró del lugar temerosa; nunca había hablado con otro humano que no fueran sus niños y esto la hizo pensar que tal vez no eran tan malos. La mujer se mostró amable con ella; aunque era extraña y oscura no la hizo sentir intimidada, no quería lastimarla y le prometió que no hablaría con nadie de que la conoció; eso la hizo sentirse más segura aunque aún temblaba por la impresión de hablar con la mujer y más por su extraña predicción.

—¿Sería verdad lo que dijo? ¿Algún día mi poder se desatará sobre los que me dañaron? —se preguntaba Luna mientras caminaba aprisa hacia el cerro donde se encontraba su cabaña. Cuando llegó, los niños la recibieron hambrientos. Saltaban y cantaban a su alrededor felices de verla volver. Esa tarde se divirtieron mucho cerca del río con Luna, jugaron y corrieron y, al anochecer, cansados, cayeron dormidos. Ella se sentía muy feliz siendo madre de esos niños, la llenaban de vida y todos sus miedos se disipaban sin dejar rastro cuando miraba sus rostros sonrientes; al fin y al cabo, cumplía su función en la vida de cuidar y dar amor. Esa noche, mientras todos dormían, una niña de las más pequeñas despertó y le pidió hacer brillar la luna:

—Madre, que brille la luna, quiero escuchar aullar a los lobos, hazla brillar, ¡hazla brillar más!

Luna la hizo brillar más y más hasta que los lobos aullaron a lo lejos. Brilló tanto esa noche que la bruja, desde el pueblo, recostada en su cama, la miró por el agujero del techo de paja de su choza que era su ventana al cielo y a la luna. Ya era muy vieja y con su vista puesta en la luna amarilla, recordó los ojos de la mágica joven hasta que su corazón se detuvo y, sonriente, murió.

Los días pasaron y la vida tranquila siguió, era otro día de ir al pueblo. Luna se encontraba en el mercado comprando pan y leche para sus niños. Al terminar con sus compras, se apresuró a emprender el camino de vuelta a casa cuando, sin darse cuenta, el viento comenzó a soplar con fuerza, las nubes se estaban acumulando en el cielo en un tono gris y el viento frío azotó rápidamente y con fuerza al pueblo. Eran tan fuertes las ventiscas que hicieron caer el velo que cubría el rostro de Luna, justo cuando ella estaba en medio de un tumulto de personas que, al principio, no notaron la diferencia de su color de piel. Todos estaban tan ensimismados y ocupados en sus propios asuntos que no percibieron a esta extraña mujer, ella se quedó estática y temblorosa, agachaba la cabeza y dirigía su mirada al suelo para que nadie notara su extraña cara y sus grandes ojos iluminados; su corazón latía con rapidez y se sentía bastante asustada; nunca había estado descubierta entre tanta gente.

Un pequeño cruzó miradas con ella cuando se agachó a recoger su velo del suelo, el niño y Luna se miraron fijamente en ese momento y Luna puso su dedo en los labios en señal de que el pequeño no dijera nada, pero el niño al mirar sus ojos tan brillantes y dorados, sus labios tan rojos como la sangre y su cabello tan blanco, no pudo evitar sorprenderse y asustarse; era demasiado extraña para él, así que el niño comenzó a llorar y corrió con su madre a abrazarla; la madre, que estaba a dos pasos de Luna, notó de inmediato que su pequeño huía asustado



de esa misteriosa mujer; el pequeño, que la apuntaba con su dedo, tenía dibujada una cara de terror, la mujer buscó el rostro de aquella mujer y se dio cuenta de que ella no era una persona ordinaria; instantáneamente fijó su vista por completo en ella y aunque Luna ya se había cubierto ella sabía que no era humana, ya la había visto y la siguió buscando para ver su rostro una vez más. La mujer comenzó a gritar y a apuntar a Luna. Uno a uno los lugareños la miraron con asombro. Luna tiró sus cosas al piso y caminó más rápido fuera del tumulto de gente. Un hombre la tomó del brazo y le dijo:

—¿Tú qué eres? ¿De dónde has salido?

Otra mujer la tomó por el cabello para verla mejor, la multitud se lanzó hacia ella maravillados por su belleza y extrañez, la jalaban para verla mejor y de simples toques o caricias todo se transformó rápidamente en jalones, golpes, pellizcos y maltratos. Luna moría de miedo y solo trataba de cubrirse el rostro con sus manos. Poco a poco sintió cómo le faltaba el aire, una enorme multitud de gente estaba sobre ella tocándola y estrujándola. Luna intentaba huir pero todo esfuerzo era en vano, era demasiada gente riendo, gritando y asfixiándola. Luna sintió un peso grande sobre ella y se desvaneció.

Al abrir los ojos notó que no estaba en la cabaña con sus niños sino en una especie de cueva de piedra y en total oscuridad, quiso levantarse y sus brazos y piernas estaban encadenados. Se preguntó:

—¿Cómo llegué aquí?

Aturdida y adolorida, hizo aparecer fuego en sus manos para alumbrar el lugar y, tal y como lo había pensado, estaba en una cueva fría y húmeda, y la entrada estaba cerrada con una puerta de piedra; era una gran catacumba. Luna, preocupada por sus niños, comenzó a culparse por lo que había sucedido, no entendía cómo se había descuidado de ese modo, pensaba:

—¿Cómo pudo pasarme esto?

No tenía idea de cuánto tiempo había pasado allí dentro, de si sus niños estaban bien, de qué iba a pasar con ellos ahora si ella no estaba. Miró su cuerpo y su ropa estaba desgarrada, su cabello arrancado, sentía rasguños en su rostro y sus labios sangraban, pero eso no importaba ahora, solo tenía que salir de ahí porque sus niños la necesitaban, sus pequeños estaban solos y hambrientos, quién sabe desde cuándo. El tiempo transcurría y Luna no sabía si algún día saldría de ese lugar, así que recordando lo que la bruja le había dicho sobre su poder sintió miedo de pensar que se hiciera realidad.

—¡Tontos! Cómo se atrevieron a encarcelarme...  
—exclamó.

Luna sabía que su poder era grande y sentía lástima por ellos, ya que eran solo humanos, los seres más débiles que habitan la Tierra, pero que insisten en sentir una gran necesidad de poseerlo todo, de darle un nombre y dueño a todo. Algo, al momento de nacer, se incrusta en sus mentes haciéndolos creer que todo es suyo, que el mundo en el que están no es para los demás seres vivos que lo habitan; creen que es para ellos y para nadie más, que el mundo les debe algo al traerlos a vivir una vida aquí, que sin ellos no hay noches ni días.

Todos los seres vivos del planeta viven en armonía, menos el hombre. Estando así, encadenada, Luna comenzó a pensar todas las torturas y cosas terribles que le harían; comenzó a sentir mucho miedo y odio y supo de una vez por todas que tenía que salir de ese lugar. No iba a darles el gusto de matar a uno más de ellos. Era algo muy arriesgado usar sus poderes pero era la única opción, no quería lastimar a ninguno de esos pobres seres humanos pero no había opción, así que, sin pensarlo más, se liberó de las cadenas que la mantenían en ese lugar, derriéndolas con el calor generado por su propio cuerpo.

Cuando se dirigía a la entrada de piedra escuchó voces y rápidamente se escondió en la oscuridad, camuflando su piel con la piedra de la catacumba. La puerta de piedra se movió y un hombre entró con una antorcha encendida. Era ese hombre robusto y alto que le vendía el pan quien la había capturado y aprisionado en el lugar. Él comenzó a buscarla en la oscuridad y cuando llegó al lugar donde la había encadenado, asombrado, miró las cadenas hechas agua. El miedo se apoderó de él dejando caer al suelo la antorcha que sostenía y una escopeta cargada que llevaba consigo y corrió a la entrada de la catacumba aterrorizado. Luna no quería lastimarlo así que lo dejó ir, en su total ignorancia creían que podrían atraparla como a tantos de estos pobres seres. Ella era esclava de dos humanos, pero dentro de su ser sabía que podía irse cuando quisiera, ya que no había nada que la detuviera. Sus cadenas eran ocho, pero las amaba y por eso no se iba a su libertad en el bosque o a la montaña. Ellos creían que podían aprisionarla pero ella sabía que no era así, su poder era grande y aunque lo había dormido para no asustar a sus niños, como la bruja lo dijo, aún seguía esperando el momento de ser liberado.

Luna salió de la cueva y varios lugareños la vieron, asustados y entusiasmados a la vez; nada importante o fuera de lo inusual pasaba en ese pueblo olvidado, así que no sabían cómo reaccionar ante tal acontecimiento; se escondían de ella pero a la vez querían estar cerca para ver su extraña apariencia. Luna se dirigía caminando lento al cerro cuando un hombre corrió hacia ella tratando de atraparla abrazándola, Luna esquivó el ataque y huyó. Mientras lo hacía notó que un pequeño grupo de personas la seguía a toda velocidad, algunos traían cadenas y otras armas como hachas y cuchillos. Luna corrió aún más y fácilmente los dejó atrás. Hasta que por un lado se le aparecieron tres hombres que la sorprendieron con cuerdas y redes y, en un descuido, la

atraparon, con la velocidad que llevaba Luna cayó a la tierra y mientras intentaba salir sin herir a nadie, ellos la aprisionaban más y la ataban con sus cuerdas de brazos y piernas. Sabía que tenía que estar con sus niños ya, y ellos hacían todo lo posible para evitarlo. Luna empezó a sentir cómo un sentimiento de odio empezaba a recorrer su cuerpo pero lo contuvo, cerró los ojos y clamó por una fuerte ventisca en su mente; rápidamente, un fuerte viento llegó, las nubes se oscurecieron sobre ellos y rayos y truenos sonaron fuerte en el cielo, la ventisca rompió las redes y las cuerdas que la ataban y los hombres huyeron despavoridos; ella se levantó y siguió su camino a la casa de los pequeños.

Cuando llegó al lugar, la cabaña de sus niños estaba hecha ceniza, aún seguían algunas partes de la madera encendidas, alguien había incendiado la casa. Luna no entendía qué había pasado, corrió al interior de la cabaña sin pensarlo pero ya no había nada más que cenizas, no había rastro de nada en el lugar, todo se había quemado, todo se había hecho nada. Instantáneamente dentro de ella todo se hizo nada también; todo lo que había cuidado y amado en toda su vida estaba dentro de esa cabaña y ya no quedaba nada, ni rastro alguno de sus ocho razones de estar en ese olvidado y horrible pueblo. Luna sintió cómo una tristeza inmensa la invadía de la cabeza a los pies porque no quedaba nada ya. Y lo único que cruzó por su mente al ver todo reducido a cenizas fue:

—¿Quién me dirá madre ahora?

Peró todo se lo llevó el aire, solo cenizas y la nada. Ninguna lágrima derramó Luna ya que la ira la consumió como el fuego había consumido su felicidad. Una multitud la siguió a la cabaña y vieron lo que había pasado. Luna estaba sentada en las cenizas pensando qué hacer, hasta que escuchó las murmuraciones que hacían los lugareños detrás de ella. Entre esos murmullos escuchó

a alguien decir el tiempo que ella había estado encerrada e inconsciente: cinco días.

—¿Cinco días? ¿Qué pasó ese tiempo aquí? ¿Quién hizo esto?

Luna enojada y aturdida por las voces, señalamientos y hasta risas, no pudo contenerse más. De pronto la lluvia comenzó a caer con más fuerza y los truenos ensordecieron a la multitud. Luna se elevó en el cielo y de sus dedos nacieron rayos de fuego, y los lanzó sobre los escombros de la cabaña mientras la gente corría asustada. Arremetió contra los mirones también, lanzándoles fuego y rayos de electricidad. Luego se dirigió al pueblo y lo sobrevoló destruyendo todo a su paso, a la gente, a los niños, a todo lo que vivía allí. El pueblo entero fue azotado por su ira sin ninguna excepción; ella caminó entre los escombros quemando y destruyendo todo a su paso, mató uno a uno a los lugareños. Y sintió un gran placer al hacerlo, ya que nunca había usado su poder en todo su esplendor; sus ojos se tornaron rojos y al final se quedó a ver cómo se hacía cenizas. Cuando todo terminó hizo la lluvia caer e inundó lo que quedaba del pueblo. Aún seguían vivos algunos animales de ganado y la corriente que se creó por la lluvia se llevó lo que quedaba al río ahogándolo.

Luna solo sintió odio hacia todo, estaba sumergida en una especie de trance en el que no podía distinguir lo bueno de lo malo, su ira se había desbordado de ella sin más; ya no había pizca de compasión en su interior y no era su elección; algo en su naturaleza la hizo destruirlo todo sin que ella pudiera elegir no hacerlo; instintivamente algo en su interior le decía qué hacer, algo se había roto dentro de ella y de esa parte rota se desbordaba esa ira ciega que no la dejaba ver lo que hacía. Luna voló a lo alto al término de su tarea y emprendió vuelo en dirección a las montañas; voló y voló hasta dejar todo atrás. En su mente solo podía ver el fuego y a las personas del pueblo quemadas, y seguía

sintiendo placer de tener esas imágenes en su mente, era tan vivaz y presente que aún podía escucharlos gritar y oler la carne quemada. Odiaba tanto ese lugar que quería estar lo más lejos posible de él, así que voló a una velocidad a la que nunca había volado, nunca se había sentido tan necesitada de irse de algún lugar, nunca había sentido esos deseos tan inmensos de huir. Pronto comenzó a recordar por qué huía, rápidamente vinieron a su mente los niños y que jamás los volvería a ver, ese recuerdo la sumergió nuevamente en el dolor y no sentía ganas de detenerse jamás, como si cada kilómetro de distancia que se alejara de ese pueblo le diera al menos una pizca de paz y consuelo a su alma. Pronto sus alas ya no podían volar más, la fuerza se estaba acabando en ellas. El dolor era tanto que no podía detenerse y a cada momento trataba con más fuerza de alejarse, el pueblo ya no existía tras ella, había volado demasiado, varias lunas pasaron y seguía volando, seguía en ese viaje a cualquier lugar, ya no había más montañas, las había dejado atrás también. Al estar cerca de las montañas pensó que tal vez ahí se sentiría bien otra vez, pero no fue así. Así que no se detuvo y siguió volando. De pronto su vuelo se volvió lento hasta que un día vencida por el cansancio cayó al mar, la paz de las aguas saladas la invadió, esa agua le recordó al sabor de las lágrimas de los niños cuando los besaba en la mejilla para que pararan de llorar, estaba inmersa en una gran lágrima y ahí en el oscuro y frío mar, bajo la luz de la luna y las estrellas. Luna dejó de existir, su luz desapareció en el gran vacío sin dejar rastro alguno.

### CAPÍTULO III

## El miedo

Nuestro paso en el tiempo es natural, cosas avanzan y cosas se detienen, pero el tiempo siempre está, siempre hay movimiento, siempre hay constancia. Después de que Luna murió mucho tiempo pasó, pero no el suficiente para que se olvidara que una mujer mágica por primera vez en la historia desató su ira contra un pueblo entero. La voz se corrió y esto se convirtió en más que un cuento de terror para los niños que se portaban mal. Se habló de todo tipo de rumores de pueblo en pueblo y de boca en boca. La hazaña, si así se le puede llamar, de esta mujer mágica se hizo una leyenda; después de que ella murió ya no se vieron más seres mágicos tan seguidos. Esto tenía muy tranquilos a los seres humanos, ya que el concepto que se tenía sobre los seres mágicos había cambiado totalmente. Eran seres débiles y aunque ellos estaban hechos de magia, los humanos los consideraron seres tontos o con poco cerebro, ya que jamás se defendieron de los hombres; eran considerados animales bellos con forma humana, los cuales poseían magia que el hombre podía utilizar; partes de ellos servían para curar heridas y malestares, para hacer crecer las cosechas; pero al final, seguían siendo seres que servían al hombre como el ganado, seres malditos que tomaban forma humana para engañar al hombre, así que fueron abusados y tratados como indefensos, cuando en realidad escondían un poder inmenso que jamás utilizaban; esto les parecía extraño a los humanos ya que si ellos tuvieran ese poder le sacarían el mayor provecho posible. Para ellos tener un poder así era algo increíble y no entendían cómo ellos, seres maravillosos de la naturaleza, podían tenerlo y no hacer algo más con él.

El miedo se apoderó de la humanidad un largo tiempo después de ese suceso. La gente andaba con cuidado por los bosques y ríos ya que las leyendas decían que ahí habitaban los Lucempierium. Tomaban medidas de seguridad como ir en grupos armados, aunque dentro de su ser sabían que si se llegaban a toparse con uno no habría poder humano que pudiera salvarlos. En las escuelas les hablaban a los niños de cómo esconderse de ellos, ya que eran sumamente peligrosos; se encargaban de propagar el miedo a los más pequeños para que no se expusieran en los bosques.

Los seres humanos suelen temer a lo desconocido, se rigen por el miedo, sobreviven por el temor. El miedo es la forma más palpable de nuestro cuerpo de alertarnos y decirnos por dónde debemos ir y dónde podemos estar seguros. El miedo salva, el miedo te hace vivir, pero al final vives y eso es lo que importa.

Desde ese momento algunas personas que se adentraban en el bosque habían logrado ver a algún Luciempierium escondiéndose entre los pinos, a los cuales les dieron tributo ofreciéndoles comida y pidiendo por sus vidas, orándoles como dioses y pidiendo perdones arrodillados. Estos sucesos ocurrían muy seguido, aunque iban armados a los bosques; al tener un ser mágico de frente, el miedo los vencía y lo único que podían hacer era rendirse y arrodillarse ante ellos, el miedo a morir era tanto que no les importaba nada y como ofrenda y para que les perdonaran la vida les obsequiaban las presas que habían cazado, les daban prendas de oro que portaban y hasta sus armas. Les daban lo que tuvieran de valor a cambio de sus vidas, de su perdón; los seres mágicos solo observaban sus acciones y se alejaban. Esta acción de los Luciempierium para los hombres era el perdón, y la oportunidad de huida para volver a sus cabañas a refugiarse, la oportunidad de vivir. Después de esto los hombres volvían al bosque y



cada día llevaban ofrendas en agradecimiento para el ser mágico que los dejó ir. Esto se volvió un ritual durante muchos soles y los niños lo aprendieron también; cada día que pasaba sin que su pueblo fuera azotado por la ira de un ser de ojos de sol, era agradecido infinitamente. El miedo se convirtió en el mejor amigo del hombre desde ese entonces. Tenían conflictos entre ellos: sobre los Lucempierium, unos decían que eran seres malditos y otros que eran seres de misericordia y amor, como dioses, ya que no los lastimaban pudiendo hacerlo, pero poco a poco aceptaron que ellos, aunque ya eran pocos, se encontraban por ahí en los bosques y ríos, montañas y mares, y que era necesario andar con cuidado y mostrarles respeto, así como rendirles tributo siempre.

El pueblo Jannada era uno de los pueblos más pequeños y en los cuales jamás se había visto un ser mágico; aunque sabían que existían estos seres y habían oído las historias, jamás habían visto uno; aun así, tomaban las medidas de seguridad necesarias en caso de toparse con uno de ellos. Sabían de lo que eran capaces y se sentían afortunados de no haber visto jamás a uno de ellos. Los niños de Jannada siempre jugaban en el río y en el bosque cercano al pueblo, buscaban a los mágicos y les cantaban esperando ver uno. Los adultos los callaban y trataban de aterrorizarlos diciéndoles que eran horribles y monstruosos, que tenían cuernos y grandes colmillos y que su comida preferida eran los pequeños niños, pero ellos no lo creían ya que nunca habían visto algo atemorizante en toda su vida. Uno de estos pequeños era Navika, de ocho años, él era uno de los más valientes que soñaba con ver un ser mágico algún día; su abuela lo cuidaba y por las noches antes de ir a dormir le pedía que le contara historias de los Lucempierium, de su poder y de cómo lucían por si un día llegaba a ver alguno en el bosque, no lo fuera a confundir con otro animal, pero lo que más

quería era escuchar historias sobre la Luciempierium que destruyó a un pueblo entero. Su abuela le contaba todo lo que él quería saber. A veces se preguntaba cómo era que su abuela sabía tanto de ellos y tal vez nunca lo sabría porque ella jamás se lo confesó, pero los abuelos son sabios y conocen tanto por haber vivido mucho y tal vez ella sabía todo solo por ser vieja. No importaba cómo lo sabía, lo que importaba es que él tenía los datos más importantes de los Luciempierium gracias a la abuela y esperaba el momento en el que por fin vería uno.

Una mañana Navika salió de su casa como todos los días a llevarle el almuerzo a su padre que pescaba en el río; después de eso pasó gran parte de la mañana observándolo y buscando alguna criatura extraña sin tener éxito, así que derrotado se fue a la escuela. Esa era su rutina de todos los días, salvo el día domingo que era cuando su padre se encontraba en casa y podía pasar tiempo con su madre y con él. Después de la escuela ese mismo día, antes de ir a casa se dirigió al bosque más espeso cercano al pueblo. Después de tantas historias no podía sacarse de la cabeza a aquellos seres de los que tanto había escuchado desde que nació, pensó que tal vez estaba buscando en los lugares incorrectos, así que emprendió su camino a esa parte del bosque donde nadie entraba, no solo por los seres mágicos sino por otros animales peligrosos que podían habitar ahí; se decía que ese bosque era donde habían nacido los lobos, era un lugar tan prohibido por esto que, aunque ya no se habían vuelto a ver ni a escuchar, los hombres no querían arriesgarse. Pero a Navika no le importó y siendo el más valiente de sus amigos, no le interesaba el peligro o lo que le pudiera esperar allá. Estaba cansado de buscar y buscar sin encontrar nada, su vida era aburrida y cotidiana, él quería magia, quería aventura y deseaba con toda su alma conocer a estos seres maravillosos de los que tanto le habían hablado.

—¿Por qué no puedo conocer alguno? ¿Acaso leen mi mente y saben que los busco y se esconden de mí? —se preguntó durante el camino.

Una vez a la entrada del espeso Bosque del Aullido, como lo llamaban los lugareños, sintió un poco de miedo al ver lo difícil que sería ingresar allí, era oscuro y no podría ver bien por dónde caminaba, pero sin pensarlo demasiado entró a ese vasto lugar, estaba lleno de árboles y plantas que le llegaban hasta las rodillas y le dificultaban caminar, pero siguió avanzando y, a medida que lo hacía, pudo observar que el bosque portaba una inmensa belleza, alzó su vista y unos pocos rayos de luz entraban entre esos grandes y antiguos árboles que cubrían el cielo como si estuviera dentro de una gran cueva. A medida que avanzaba se tornaba más oscuro su entorno y por primera vez en su vida sintió que tal vez sí podría ser peligroso ver a un ser mágico, que tal vez no había sido tan buena idea ir en busca de uno; el miedo comenzó a apoderarse de él a medida que se adentraba más en el espeso bosque; a cada paso que daba crujían las hojas secas bajo sus pies y su mente se echaba a volar, con esos sonidos sentía que alguien lo seguía; de repente, el aleteo de un ave le sacó un grito y caminó aún más aprisa; pronto se refugió bajo un gran árbol y se sentó ahí un rato a esperar que algún ser mágico se apareciera, el tiempo transcurrió rápido y no pudo darse cuenta porque el bosque era oscuro y el tiempo parecía no pasar cuando se estaba bajo esos pinos; no podía ver la posición del sol y, por ende, no podía saber qué hora era. El sol comenzó a esconderse, menos rayos de luz bajaban de entre los árboles y rápidamente el bosque se puso negro. Navika tenía tanto miedo que decidió volver a casa, así que comenzó a caminar a toda velocidad dirigiéndose a donde él creía que estaba la salida del Bosque del Aullido, pero no llegaba a ningún lugar; caminó y caminó pero seguía todo igual, se sintió

tan confundido: había cometido el grave error de adentrarse en el bosque sin dejar marcado su camino de alguna manera. Estaba totalmente perdido, pero no se rindió y siguió caminando. Avanzó tanto que llegó a un riachuelo donde pudo ver que ya estaba saliendo la luna y se reflejaba en su agua movediza y transparente. Se sentó en una piedra ya cansado de tanto caminar solo pensando en cómo haría para volver a casa, la oscuridad no lo dejaba pensar con claridad pues el miedo lo había invadido por completo. Sus pequeñas manos estaban tan temblorosas y frías, salía vapor de su boca y su corazón latía rápido. Pronto todas las advertencias sobre aquel bosque llegaron a su memoria y sentía que en cualquier momento podría salir alguna bestia salvaje a atacarlo. Los lobos eran animales que jamás se habían visto en el lugar pero las historias que contaban de ellos eran tan tenebrosas, ya que eran bestias con ojos brillantes que acechan a los hombres desde la oscuridad con sus blancos y filosos colmillos; y, aún peor, que en las noches producían un aullido aterrador que incrustaba el miedo hasta en el hombre más valiente.

Estos pensamientos no ayudaban a Navika en este momento en el que se encontraba en la cuna de estas bestias mortales. Los pensamientos terribles seguían asaltando la imaginativa mente del pequeño, cuando de repente escuchó ruidos tras él; justo del otro lado del riachuelo, estos ruidos eran casi imperceptibles pero el miedo que sentía Navika lo hacía tener los oídos bien abiertos ante cualquier sonido. Pero esa noche estaba de suerte, tanto que no podría creer lo que le esperaba al girar su cabeza hacia donde provenía el ligero crujido de la maleza; Navika lo había logrado. Del otro lado del riachuelo estaba un Luciempierium bebiendo agua de su mano, a unos cuantos metros de distancia de él, no creía lo que miraban sus ojos, ese ser estaba hecho completamente

de luz, todo su cuerpo brillaba bajo la luz de la luna y se reflejaba en el agua como una estrella; su brillo era totalmente blanco y tenía una forma muy humana como su abuela le había contado, su aspecto era de varón. Era alto, más de lo que se habría imaginado, lucía fuerte y su piel era de un tono violeta.

Navika estaba totalmente congelado, lo único que podía hacer era observar maravillado a este ser mágico tan cerca de él. El Lucempierium también lo miró asombrado ya que tal vez él tampoco había visto a un niño humano; un silencio se presenció en ese momento, ambos sabían que el otro estaba ahí estático solo observando. En ese cruce de miradas el ser mágico le sonrió a Navika y Navika también le sonrió. En ese momento todas sus dudas y miedos desaparecieron y pudo moverse por fin. Su cuerpo ya no temblaba así que tenía que verlo de cerca, tenía que decirle mil cosas y preguntarle otras tantas. No podía desaprovechar ese gran momento que siempre había esperado. Navika notó que el ser mágico se sentó en una roca junto al riachuelo sin preocupación alguna, él no iba a irse a algún lado, estaba cómodo con Navika ahí observándolo, así que decidió acercarse a hablar con él. Comenzó a dar pasos; el riachuelo los separaba pero era muy angosto así que trepó algunas piedras y, cuando estaba a una corta distancia, le dijo:

—Hola, amigo...

En ese momento el Luciempierium dirigió su mirada hacia él, estaban tan cerca, que Navika sintió que había penetrado su alma. Navika no pudo sostener la mirada y enseguida la bajó hacia sus pies. Sus ojos eran tan brillantes y grandes, de hombre, pero había algo en ellos que lo hizo sentir un poco de miedo, tal vez podía leer su mente, tal vez miraba más en él que solo su rostro, sabía que sus poderes eran grandes, pero no sabía qué alcance tenían. Se sintió tan avergonzado de molestarlo

en su hogar y estar tan cerca de él le provocó un gran sentimiento de vergüenza, pero se armó de valor y volvió su mirada a él rápidamente; además, era el niño más valiente del pueblo, no era momento de quedar en ridículo ante tan grande título que se le había asignado.

El ser mágico, observándolo fijamente, le brindó nuevamente una sonrisa acompañada de una mirada pacífica; se notaba en sus poderosos ojos que era un ser amoroso y bondadoso.

Abrió sus labios y le contestó:

—Hola, ¿cómo fue que llegaste hasta esta parte de mi hogar?

Navika ante esta pregunta sintió un temblor en todo el cuerpo, su corazón comenzó a latir tan rápido que sintió que se salía de su pecho. Más que pensar en qué contestar, estaba paralizado nuevamente por el suceso. Su voz... Jamás pensó ver un ser mágico y mucho menos escucharlo hablar... Su voz era tan extraña, tan suave y tan baja. Era como el viento y se perdía entre el bosque rebotando en lo alto de los pinos como un eco. Nunca imaginó que sería así y tampoco imaginó que él, de entre tantos humanos, sería el elegido para que un ser mágico le hablara, le preguntara algo o le importara algo de su insignificante vida. Tantos pensamientos pasaron por su mente en ese momento que estaba olvidando que el ser mágico lo miraba fijamente en espera de su respuesta. Navika, con un nudo en la garganta, le contestó:

—Estoy aquí porque vine a verlos...

El ser mágico sonrió, se levantó lentamente de la roca y le contestó:

—Eres un niño curioso y muy valiente, además, pero estás perdido, ¿verdad?

Navika, apenado, asintió con la cabeza y en ese momento el ser mágico le extendió su mano y le dijo:

—No estés triste, te ayudaré a volver a tu hogar.

Navika no podía creer lo que estaba escuchando y más aún que el ser mágico le ofrecía su mano para ayudarlo. Levantó la mirada sonriente y extendió la suya también. Temeroso y temblando puso su mano encima de la de él y sintió cómo una corriente de energía pasaba de mano a mano, y en ese instante la luz del ser mágico se apagó acompañada de un fuerte estruendo. Navika al escuchar ese ensordecedor sonido apretó sus ojos y encogió sus hombros. Al abrir sus ojos miró al ser mágico caer al piso, la luz de su cuerpo no estaba y había soltado su mano. Brotaba sangre de un color negro del costado del abdomen del Luciempierium. Todo había pasado tan rápido. Navika corrió hacia él para tratar de ayudarlo, pero antes de tocarlo sintió cómo alguien lo tomaba por la espalda, lo sujetaba con sus grandes brazos y lo alejaba. Cuando todo dejó de ser tan confuso, se dio cuenta de que era su padre quien lo sostenía por atrás, con un rifle en la mano. Miró a su alrededor y más hombres del pueblo estaban apuntándole al ser mágico con sus armas. Vio la angustia, tristeza y terror en sus caras, estaban asustados y maravillados con lo que veían: no creían lo que habían hecho. Su padre lo cargó en brazos y comenzó a correr hacia las afueras del Bosque del Aullido. Navika le gritaba que volvieran, que su amigo estaba herido, pero él parecía no escucharlo; los demás hombres se quedaron atrás donde yacía en el suelo el ser mágico.

Mientras iban por el bosque en dirección al pueblo, el padre de Navika escuchó un ruido que se repetía constantemente como el llanto de un bebé y se detuvo abruptamente bajando a Navika al suelo. Apuntaba a los lados con su arma tembloroso, y le dijo a Navika que se mantuviera junto a él en todo momento. Navika, asustado, lo obedecía y así comenzaron a caminar lentamente hacia el llanto que escuchaban cada vez más cerca: entre las ramas y plantas encontraron a un pequeño bebé que

lloraba escandalosamente. A pesar de ello, se veía sano y lo curioso es que no portaba ropa alguna o cualquier tipo de manta que lo cubriera. El padre asombrado soltó el rifle que llevaba y cargó al pequeño bebé sin dudarlo, sintió una gran tristeza de verlo así en la total intemperie y en el frío cruel. Y no entendía cómo había sobrevivido a ese bosque tan peligroso. Tomó a ambos niños y su arma, y corrió con ellos fuera de aquel oscuro lugar, su corazón latía con fuerza y su respiración acelerada lo hacía jadear. Navika volvió a sentir miedo una vez más al ver a su valiente padre huir temeroso y vulnerable.



## CAPÍTULO IV

## Beata

Esa mañana al despertar, Navika pensó que todo había sido el sueño más maravilloso que había tenido, pues por unos minutos un amigo mágico le habló y le extendió la mano para ayudarlo. Había sido hermoso poder verlo y hablar con él aunque solo fuera un sueño. Pero luego se había tornado en pesadilla. Ya había tenido ese tipo de sueños antes, en los que todo es hermoso y sin razón alguna se transforma en horror y oscuridad.

—Tuve un amigo Luciempierium y después lo vi morir frente a mí, nunca vi a alguien morir... y a un ser mágico menos —pensó.

Navika, recostado en su cama, recordaba su sueño y fue tan real que podía estar seguro de que había sucedido, pensaba y pensaba en cada detalle, en cada momento del sueño, hasta que de pronto escuchó el llanto de un bebé. Navika dio un salto de la cama y se quedó en silencio, quería corroborar que lo que había escuchado era real. ¿Era el bebé que había soñado la noche anterior? Si era eso entonces todo había sucedido. Y de nuevo escuchó el llanto en la cocina. Navika comenzó a recordar todo y gritó:

—¡Sí pasó!

Y corrió a la cocina a verificarlo. Cuando llegó pudo ver que ahí estaban sus padres hablando en voz baja y su madre tenía en el regazo un bulto envuelto en telas. Navika se acercó a observarlo y su mamá le permitió verlo. Como se lo esperaba, era un bebé que lucía como un niño ordinario, pero sus ojos eran dorados como el sol y de un tamaño bastante anormal. Además, su piel era casi del color de la leche. Los padres de Navika no estaban seguros de qué hacer con el bebé, era tan pequeño e indefenso

que no se explicaban cómo había podido permanecer solo en el bosque y cómo alguien lo había abandonado a su suerte. El padre le explicaba a la madre que no tuvo otra opción que llevarse al bebé, no podía dejarlo allí. No sabían quién, pero la persona que había abandonado a esa pobre criatura, debía ser desalmada y cruel. También pensaron que tal vez algo le había sucedido a su madre.

—Tal vez el Luciempierium que iba a comerse a Navika también se comió a los padres de la criatura —dijo el papá con voz temblorosa.

Al escuchar esto Navika corroboró que todo había sucedido, todo había sido real; y que alguien había matado a su amigo mágico frente a él. Enojado Navika les explicó a sus padres que el Luciempierium no era malo y que no iba a comérselo, que solo le extendió su mano para ayudarlo y nada más. Los padres de Navika sabían gracias a la abuela que los Luciempierium no eran malos. Sabían que él no habría dañado a Navika pero no podían arriesgarse, en ese momento el padre de Navika no pensó en si podría dañarlo o no, él solo había reaccionado disparando al Luciempierium para proteger al niño. Navika era su único hijo, lo cual lo convertía en su único y mayor tesoro. Sabían que su pequeño era muy aventurero y seguían insistiendo en que él creyera que los Luciempierium eran seres peligrosos; todo era por su bien.

Esa tarde los padres de Navika decidieron que cuidarían al bebé, era tan pequeño que tratarían de fingir que era suyo. Los días transcurrieron y lo nombraron «Beata». Navika comenzó a acostumbrarse a la que llamaba «hermana», jugaba con ella todo el tiempo y la abuela les contaba historias a ambos cada noche. Navika había logrado su cometido de ver con sus propios ojos a un ser de mágico y la abuela ahora quería saber cómo había sido ver uno de esos seres mágicos, así que cada noche hablaban de ellos hasta caer dormidos.

Una noche, la pequeña Beata, Navika y la Abuela observaban las estrellas en el patio de la casa, recostados en el césped, contaban estrellas y les ponían nombres. De un momento a otro, notaron cómo las estrellas se tornaban rojas una a una. Esto los asustó y les pareció demasiado extraño. La abuela notó que cuando Beata apuntaba hacia alguna parte del cielo esas estrellas cambian de color. No había duda de que Beata no era una niña normal, provenía del bosque y tal vez la magia de él la había bautizado con ciertos dones. El tiempo pasaba y la familia sabía que algún día tendrían que explicarle su origen y quién era ella, pero por ahora tenían que tratarla como una niña normal, tenía que tener en su mente que su naturaleza era humana como la de toda la familia, tenían que hacerle creer que solo era un poco diferente. Cuando Beata estaba demasiado feliz ocurrían cosas asombrosas. Hacía crecer las flores con tan solo caminar por el lodo, el sol brillaba más cálido cuando ella sonreía y las nubes no aparecían mientras ella fuera feliz. Beata era una Luciempierium, la abuela lo tenía claro, aunque los padres no querían creerlo, seguían fingiendo que ella era una niña común y la trataban como tal. Lucía muy humana pero en sus ojos de sol se podía ver todo su poder, tal vez cuando creciera cambiaría más su apariencia; y es que nadie había visto antes un ser mágico en forma de niña, ni siquiera se sabía que existieran bebés mágicos.

Después de que Beata fue encontrada en el bosque varios hombres del pueblo fueron a llevar tributo y ofrendas al lugar donde murió el hombre mágico junto al riachuelo. Hicieron estos viajes al bosque espeso durante muchos años, buscando más Luciempierium, siempre en son de paz y tratando que encontrar alguno para poder ayudarlos o alimentarlos, querían que supieran que lo ocurrido había sido un error y que el pueblo entero estaba arrepentido. Pero durante años no se volvió a ver otro ser

mágico. Aún se hablaba de ellos pero nadie los vio más, tal vez ese Luciempierium fue el último, tal vez Beata era la última.

Pasó el tiempo y en el pueblo ya conocían todos a la niña de ojos de sol de la familia Kruosaear, la gente del pueblo jamás había visto un ser mágico, nunca. Solo algunos hombres el día que Navika se perdió en el bosque espeso. Todos sabían que Beata era una Luciempierium y se sentían felices de poder devolver algo a esta extraña raza mágica, cuidando y protegiendo a Beata. El pueblo le llevaba regalos y comida a la familia de Navika todo el tiempo, sabían que si Beata era feliz el pueblo estaría bendecido siempre. Y lo habían logrado ya que Beata era una niña feliz; desde que ella llegó al pueblo siempre había días bellos y soleados, el sol brillaba alto, las nubes se paseaban en el cielo azul y las aves cantaban. No había tormentas solo brisa fresca, la llegada de Beata le dio al pueblo un buen clima siempre y se respiraba tanta paz desde que ella estaba ahí. Beata era muy tímida ya que, desde que ella recordaba, siempre había tenido demasiada atención por parte de la gente del pueblo. Una salida al mercado con su madre era muy agotadora porque la gente quería saludarla y saber cómo estaba o si necesitaba algo. Eran muy amables pero se sentía abrumada a veces por tanta atención. Uno de esos días, mientras su madre compraba fruta, Beata se acercó al puesto de libros de un anciano, ahí pasó un buen rato ojeando algunos libros que lucían muy viejos y polvorientos, cuando de pronto un hombre se acercó a ella, más de lo que cualquier persona fuera de su familia se había acercado a ella, era un hombre mayor, que la tomó con bastante fuerza del brazo para verla bien, Beata se asustó mucho, sentía cómo clavaba sus uñas largas y negras en su piel. El hombre la miraba fijamente y le decía:

—¡Déjame verte, monstruo, déjame verte bien!

Beata estaba muy asustada ya que el viejo la jalaba y le gritaba. La madre de Beata a lo lejos vio lo que ocurría y corrió hacia ellos para socorrer a la joven. Al llegar al lugar notó que el hombre era un anciano y estaba demente, balbuceaba y pocas palabras de lo que decía se entendían con claridad. El hombre no sabía lo que hacía, pero Beata no lo entendía. La madre llegó hasta donde estaban ellos e intentó liberarla de las arrugadas manos del viejo, pero él no la soltaba, y la estrujaba y jalaba cada vez más. La madre le decía que soltara a la niña pero el anciano no escuchaba. Algunas personas se acercaron a hablar con el hombre pero nada cambiaba, Beata estaba entrando en un pánico que la consumía, ya que mucha gente se aglomeró a su alrededor. Todos gritaban y el viejo no la soltaba, solo sentía cómo le apretaba los brazos cada vez más fuerte; Beata ya no podía más con la situación así que cerró los ojos y deseó no estar más ahí. En ese momento, sintió que el anciano la soltó, y cuando abrió sus ojos el hombre estaba tirado en el suelo. Su madre la miró aterrada y la gente se alejó lentamente, murmurando. Rápidamente emprendieron el camino a casa. La madre no decía nada y Beata seguía muy asustada, su corazón latía con fuerza y sus manos temblaban, la imagen del hombre inmóvil en el suelo la perturbaba aún más. Pero su madre actuó normal de vuelta a casa, solo un poco más apresurada que de costumbre. En casa nada se comentó sobre lo ocurrido a la hora de la cena, pero al anochecer cuando todos dormían, Beata escuchó voces en el cuarto de sus padres, así que sigilosa salió de su cuarto para escuchar de lo que hablaban. Se acercó a la puerta y escuchó cuando su madre decía:

—Ella estaba muy asustada, comprendo que esa fue la razón por la que esto pasó, fue muy rápido, pero todos en el pueblo vieron cómo Beata se puso de un tono azul y todos vimos una energía que pasó de sus brazos a

los del anciano. Eran como los rayos que se ven entre las nubes cuando va a llover, fue tan sorprendente verlo y de repente el hombre cayó al suelo, muerto. Ella le pasó toda esa energía, estoy segura, pero tampoco creo que haya sido intencional, estaba asustada, solo tiene diez años y es muy pequeña aún para controlarse.

Al escuchar esto Beata se aterró, no podía creer que había asesinado a un hombre, sintió tanta culpa y temor de sí misma. Salió corriendo de la casa, quería llorar sin que nadie la escuchara así que se quedó afuera cerca del bosque aterrada. La lluvia empezó a caer, porque si ella lloraba el cielo también. Su abuela notó que llovía y supo de inmediato que algo le ocurría a la niña, no había llovido en muchos años, así que salió con un candelabro encendido a buscarla. Caminó hacia el bosque y ahí la encontró sentada bajo un árbol, empapada de la cabeza a los pies. Beata se puso rápido de pie, limpiando sus lágrimas, no quería que su abuela notara que había llorado. La abuela le preguntó qué hacía ahí en la oscuridad. Ella le contó lo que escuchó decir a su madre del incidente en el pueblo. Su abuela en ese momento supo que tenía que hablarle más de quién era ella. Le dijo que las historias que les contaba sobre los seres mágicos todas las noches eran reales y que ella era uno de ellos. Beata de inmediato entendió todo, estaba muy claro, y ella siempre supo que no era una niña normal, su abuela le dijo que no se preocupara, que en el pueblo todos lo sabían y que lo ocurrido había sido un accidente, que de ahora en adelante ella tendría que aprender a controlar su poder. Beata sentía tanta culpa por el pobre hombre, pero su abuela insistía en hacerla sentir mejor. La abuela le dijo, tomándola de la mano:

—Mi niña, eres alguien muy especial, tal vez única en todo el mundo, no debes tener miedo de tus poderes, solo vas a tener que aprender a controlarlos. Todos te amamos y solo deseamos que seas feliz. El mundo es

un lugar mejor si tú eres feliz. Cuando te sientas triste y sientas que la noche es la más oscura de todas, siempre recuerda que, por más oscuro que esté, la luna siempre te acompaña y, si la ves muy pequeña y lejana, cierra tus ojos e imagina que es más grande y brillante, verás que al abrirlos así será. Haz brillar la luna, mi niña, y su luz iluminará tu camino.

Con estas palabras llenas de aliento y amor por parte de su abuela Beata sintió que era importante y especial, entonces, bajo el árbol, abrazó fuerte a su abuela. Beata sentía que era su hogar estar en los brazos de su abuela, era el lugar más seguro y cálido del mundo, ahí nada ni nadie podía dañarla. La conexión que tenía con ella no la tenía con nadie más y a veces hasta podía sentir que era también una Luciempierium igual que ella.

Unos días después del incidente volvieron al mercado, Beata temerosa de volver a estar rodeada de tantas personas, pero todos reaccionaron como de costumbre, nadie comentó nada de lo ocurrido y rápidamente el asunto se olvidó. Sin embargo, ella no lo olvidó jamás y sabía que era su responsabilidad ser más cuidadosa, tenía que empezar a utilizar su poder y a controlarlo, así que esa noche le contó a Navika lo que tenía en mente, y al joven, ya de diecisiete años, le pareció la mejor idea y él era el indicado para ayudarla, ya que había dedicado toda su infancia a estudiar y buscar a los seres mágicos, así que, aunque ya había visto parte del poder de Beata, quería saber hasta dónde podía extenderlo.

Por primera vez lo vería de cerca y en todo su esplendor así que le propuso que juntos fueran a entrenar todos los días al bosque espeso. Para él ese era el lugar ideal, ya que la naturaleza y Beata estaban conectadas directamente. Ahí también podrían estar alejados de la gente para que nadie fuera lastimado en caso que algo se saliera de control. Al día siguiente Beata preparó un poco

de comida para llevar al bosque mientras Navika trabajaba con su padre en el río. Él esperaba la hora de salida con ansias, ya que sería el primer día de explorar el poder de Beata. Mil cosas pasaban por su mente, estaba muy ansioso y emocionado, tuvo todo el día una gran sonrisa. También sabía que tenían que mantenerlo en secreto, sus padres no debían saber sus planes y mucho menos que se internarían en el bosque. Los padres preferían que Beata apaciguara su poder, siempre le dijeron que era una niña normal y ellos nunca quisieron que ella aprendiera a usarlo. Con sus solas emociones se generaban cambios bruscos en el clima y no querían imaginar qué podría hacer conscientemente, así que preferían mantenerla tranquila e ignorante de sus capacidades. La hora de salida de la jornada de trabajo de Navika llegó y él se apresuró a llegar más rápido que de costumbre a casa. Su padre lo notó apurado y le preguntó:

—¿Qué pasa, hijo? ¿Por qué tanta prisa?

Navika le contestó:

—Tengo algo que hacer, padre, no es gran cosa.

Y corrió a casa; su padre lo notó muy entusiasmado y pensó en voz alta dejando salir un suspiro:

—Seguro que es una chica la que lo tiene así, ya está en esa edad...

En casa, ya lo esperaba lista, y muy entusiasmada, Beata. Al verlo llegar, salió a recibirlo y rápidamente emprendieron camino al Bosque del Aullido. Apenas empezaron a caminar y escucharon algunos pasos tras ellos, al darse la vuelta notaron que alguien se les había unido. Era su abuela que, caminando lento pero con voz fuerte, les dijo:

—No crean que podrán irse sin mí, esto lo tengo que ver.

Navika y Beata le sonrieron y cada uno la tomó de un brazo.



## CAPÍTULO V

# Muerte

El poder de un Luciempierium parecía ser ilimitado para los humanos, sabían que ellos poseían estos poderes porque en algún momento los vieron crear energía de la nada, energías naturales del planeta. También sabían que podían hacer crecer la flora, pero la abuela Babia sabía un poco más, por esa razón quería estar presente cuando Beata explorara su naturaleza. Esa tarde los tres se adentraron al espeso Bosque del Aullido. La abuela lo conocía bien así que ella los guio a una parte un poco más despejada y con menos árboles. La abuela Babia se sentó en una roca a observar. Navika le contó a Beata de todo lo que podría ser capaz su cuerpo, de todos los sucesos que habían ocurrido en el pasado y de lo que se había hablado que los Luciempierium podían hacer. Beata era un ser conectado directamente con la naturaleza, todo lo que ocurriera en su mente podía ser real en ella. Beata recordó el incidente en el mercado y pensó que si trataba de imaginar esa situación nuevamente su poder saldría, aunque tenía miedo de que su hermano saliera lastimado, así que no lo iba a intentar por ahora. De ninguna manera se pondría a pensar nuevamente en cosas negativas, mucho menos acerca de quienes amaba. Así que Navika también se hizo al lado de abuela. Beata se sentó en el suelo descalza y, tocando la tierra con las palmas de las manos, cerró sus ojos y deseó con fuerza que creciera un brote del suelo; en su mente repetía:

—Crece, crece, crece...

Pero nada ocurría, así que decepcionada se levantó y le gritó a Navika:

—¡No pasa nada!

Navika sonriente le contestó:

—¡Inténtalo de nuevo, piensa con más fuerza, concéntrate más!

Beata volvió a su posición inicial y con más fuerza pedía y pedía que algo creciera de entre sus manos y nada ocurría. Navika corrió hacia ella y le dijo que no pensara en nada, el poder que provenía de ella, no necesitaba ser forzado, le dijo que solo sintiera la tierra y el bosque a su alrededor. Y regresó con la abuela. Beata cerró sus ojos nuevamente y puso su mente en blanco, abrió sus oídos al bosque y su piel, a lo que sentía bajo sus pies. Poco a poco, sentía cómo el bosque tenía voz; poco a poco, comenzó a hablarle a las hojas de los árboles y a las hormigas que transitaban cerca de ella, todo podía sentirlo y era impresionante. De pronto sintió que, bajo la tierra, una pequeña semilla comenzó a germinar y creció hasta salir a la superficie y se topó con sus manos buscando la salida hacia el sol; creció más y más, unas flores brotaron del tallo y rápidamente alcanzó su altura; entonces abrió sus ojos y frente a ella estaba este largo tallo lleno de flores de colores enredado entre los dedos de sus manos.

Era lo más asombroso que había visto, a lo lejos miraba a su abuela con una enorme sonrisa y a Navika saltando y gritando de emoción. Sin ningún tipo de esfuerzo, Beata hacía crecer todo lo que quisiera, el bosque rápidamente la reconocía y se hacía parte de ella, le permitía crear y manejar los elementos a su antojo. Esos días por venir fueron maravillosos y muy divertidos para los tres. Beata hacía crecer hierba, árboles y todo tipo de flora. Cualquier árbol frutal que desearan estaba literalmente en las palmas de sus manos. Después probaron jugar con el agua del riachuelo del bosque. Beata podía controlarla a su gusto, si imaginaba que el agua podía tomar la forma de cualquier cosa, sucedía. Solo ponía sus manos dentro del riachuelo y el agua se movía a su voluntad. Cada día

era una lección nueva, una forma nueva de controlar los elementos naturales y cada día que pasaban en el bosque Beata aprendía más sobre su poder. Aunque ya podía controlarlo mucho más, no se habían atrevido a explorar la parte más importante de él: aquella que provenía de su subconsciente y de sus sentimientos. Era algo complejo, ya que si Beata sentía ira, tristeza, miedo, asco o amor, su cuerpo reaccionaba y el clima cambiaba abruptamente. Su cuerpo emitía energía eléctrica, se encendía en fuego o cualquier reacción extraña que se pueda imaginar totalmente descontrolada y su intensidad variaba de acuerdo a la emoción. Las emociones primarias de Beata, al igual que de los humanos, son variaciones del estado de ánimo provocadas habitualmente por pensamientos, recuerdos, anhelos, pasiones y sentimientos. Cuando surgen, se producen cambios psicológicos, fisiológicos y psicosomáticos, y la intensidad varía en función del estado de ánimo del ser, de su estado físico, de la personalidad y, especialmente, del tipo de estímulo. Todo esto en un cuerpo humano genera alteraciones y cambios violentos, esto hace que el ser humano tenga reacciones poco habituales y que pueden ser dañinas para sí mismo.

Pero en el caso de un Luciempierium, puede ser muy peligroso también para los demás. Tal vez entre ellos se enseñaban de otra forma a controlar este poder, pero Beata solo podía recibir ayuda de su abuela y su hermano. Era difícil y el miedo no le permitía experimentar con sus sentimientos. Por lo general, Beata se mantenía serena y tranquila, sabía que cualquier sobresalto podía desencadenar caos. Los días pasaron y tenía controlados sus poderes casi a la perfección. Comenzó a sentirse más segura de sí misma, podía hacer las cosas posibles ahora más que nunca. Se sintió tan segura del control que tenía de su poder que decidió usar un recuerdo para crear una emoción y así poder controlar sus poderes más

grandes. Esa tarde estaban como de costumbre los tres en el bosque y ella les informó que esta vez usaría todo su poder porque se sentía lista para controlarlo. Ellos aceptaron estar presentes, era un momento importante para ella y no querían que estuviera sola. Beata se sentó en el suelo, fijó su vista en el cielo y comenzó a traer a su mente el recuerdo del hombre que la atacó en el mercado. Los segundos transcurrieron y las nubes rápidamente llegaron justo a donde Beata tenía su vista fija. El cielo comenzó a tronar rápidamente y, de un momento a otro, la lluvia cayó. Para Navika y su abuela esto era algo que siempre pasaba cuando ella se ponía triste, lo importante ahora era cómo ella iba a hacer que la lluvia desapareciera tan rápido como había aparecido. ¿Cómo frenar ese sentimiento de tristeza tan rápido una vez que te has adentrado en él? Beata no era humana, pero su contacto con los humanos hizo que ella se comportara como uno, que se llenara de todos estos sentimientos tan humanos. Ella era de otra raza, una muy superior a la humana, pero todo lo que conocía era humano. Había crecido creyendo que era un humano diferente, cuando en realidad siempre fue algo más. Tuvo que aprender a ser humana, dejar lo que era atrás para pasar a ser «normal», a ser una niña indefensa, a ser como los demás, dejando de lado su naturaleza. Pero ahora que había estado en el bosque usando su poder, cada vez se sentía mejor. Al ver caer la lluvia y escuchar tronar el cielo con tanta fuerza, se sintió un poco temerosa, pero siguió alimentando el sentimiento dentro de ella, quería una tormenta fuerte más que una pequeña llovizna, así que no se detuvo. El aire comenzó a estrujar los árboles, cada vez con más fuerza; el cielo se tornó gris completamente, ni un rayo de sol existía más. Navika notó que Beata estaba muy tranquila entre todo ese caos y pensó que ella tal vez no estaba aún consciente de lo que pasaba a su alrededor, esto comenzó

a asustarlo y rápidamente intentó despertarla. Le gritaba que lo detuviera pero Beata no escuchaba. La abuela vio que los árboles detrás de Beata estaban quebrándose, las ramas comenzaban a caer cerca de ella, así que no lo dudó ni un segundo y corrió hacia ella para prevenirla. Navika la siguió, gritándole:

—¡Abuela, no vayas!

La abuela Babia corrió hacia Beata y un gran árbol en especial caía cerca de ellas, el aire corría fuerte a su alrededor. La abuela le hablaba a Beata, pero ella no escuchaba. Estaba metida en su propio pensamiento, viviendo esa escena de terror nuevamente. Avivándola más y más para obtener una gran tormenta. La abuela, al ver que Beata no reaccionaba y su vida peligraba, la tomó del brazo para que se levantara. Al sentir su mano, Beata bajó la mirada hacia su abuela y al verla a los ojos todo se iluminó. Una corriente eléctrica usó los ojos de Beata como conductor y entró directamente al cuerpo de su abuela. El rayo blanco entró de sus ojos a los de la abuela y cayó al suelo. Navika corrió hacia ellas pero las ventiscas de aire y lluvia no le permitían ver dónde estaban. Beata no podía detener la tormenta ya. Tomó a la abuela en sus brazos y sus lágrimas escurrían sobre ella junto la lluvia. Su abuela aún vivía pero sus ojos se habían quemado y los mantenía cerrados. Beata le dijo:

—Abuela..., ¿qué es lo que te he hecho?

La abuela Babia, con sus últimas fuerzas, le dijo:

—Te tengo que contar la que tal vez sea la última historia que te cuente, mi niña, así que escúchame con atención.

Beata, envuelta en una gran tristeza, escuchó:

—La mujer mágica de la que les he hablado desde que eran pequeños Navika y tú era Luna, y ella fue mi madre, ella nos cuidó durante muchos años y siempre la recuerdo; un día ella fue al pueblo y no regresó... Ya habían

pasado varios días y no volvía, una de esas noches oscuras mientras todos dormían, escuché algunas personas hablar afuera de nuestra casa y decían que nuestra casa estaba maldita por Luna. Yo era muy pequeña y cuando vi que el fuego empezaba a consumir mi hogar salí a buscar a Luna por todas partes. Al volver, mi casa estaba en llamas y entonces hui al bosque. Mis siete hermanos estaban dormidos esa noche en la que salí a buscarla, y pensé que tal vez también ella se había ido al bosque. Ahí la esperé días hasta que unas personas que viajaban me encontraron y me llevaron con ellas. Yo les decía que no lo hicieran porque esperaba a mi madre, pero no me escucharon. Nunca volví a ver a mi madre Luna ni a mis hermanos. Pero los días que estuve en el bosque, aprendí mucho sobre ustedes, mi niña. El bosque es un lugar mágico, al igual que los mares, ríos y montañas. No intentes ser humana, como ves, no somos tan perfectos.

Beata le contestó con la voz quebrada y tratando de contener el llanto:

—¡Abuela..., no hables, te llevaré al pueblo, ahí te van a ayudar. No tengas miedo, abuela..., no te vas a morir!

La abuela comenzó a decir cosas que Beata no entendía, su voz era cada vez más frágil y delgada, como un hilo que sale sin fuerza alguna; el momento de la abuela estaba llegando y Beata lo sabía. La abuela con las últimas fuerzas que tenía llamó a Beata con el nombre de Luna y con una pacífica sonrisa en su rostro le dijo:

—¡Madre Luna! Eres tú... Yo sabía que vendrías... Haz brillar la luna una vez más para mí, esta noche está muy oscura...

Y así la abuela Babia murió en los brazos de Beata.

Navika logró llegar hasta ellas por fin y con horror vio lo que había sucedido, su abuela estaba muerta a manos de Beata. Ella lloraba sin cesar abrazándola con

fuerza y la tormenta cada vez estaba más intensa, truenos y relámpagos iluminaban el bosque. Navika tomó a Beata del brazo y le dijo que tenían que irse de allí, estaban en peligro atrapados en esa tormenta. Beata no quería irse del lugar, estaba sumida en una tristeza total, el dolor que sentía se reflejaba en el cielo y en el caos natural. Beata le gritó a Navika y le dijo que se fuera y que no la tocara, que corría peligro y que no quería dañarlo como a su abuela.

Navika se arrodilló a su lado y le dijo:

—Beata, por favor, ven conmigo... No es seguro estar aquí, todo se va arreglar, por favor..., vámonos...

Beata, sumida en la tristeza y sin poder contener el llanto, le contestó:

—¡No! ¿Que no entiendes que soy un monstruo? Nadie está seguro a mi lado, asesiné a nuestra abuela... Navika..., no voy a volver, me voy a quedar aquí donde no pueda dañar a nadie... ¡Vete de una vez!

Navika, asustado por la tormenta y por la decisión que estaba tomando Beata, comenzó a llorar y a pedirle que por favor no lo hiciera, ella era lo más importante para él y no podía dejarla sola en el bosque espeso, pero Beata ya había tomado la decisión, así que, con su abuela aún en brazos, le dio un último beso en la frente y se puso de pie. Dando media vuelta, se alejó de Navika. Él intentó seguirla pero la fuerte tormenta hizo que su silueta se desvaneciera en lo más oscuro del bosque. Y así Beata desapareció.

## CAPÍTULO VI

# El bosque

Beata se sentía tan desesperanzada, tan sola y perdida porque la tormenta no había cesado y la lluvia de sus ojos tampoco, solo caminaba y caminaba adentrándose más y más en el bosque. Cada vez se hacía más oscuro porque la noche estaba llegando y se apoderaba de todo, cada paso era un paso que la acercaba más a la soledad y a la oscuridad total. La abuela le dijo que el bosque era un lugar mágico, pero ella solo podía sentir miedo dentro de él. Además que los recuerdos de lo que había sucedido no permitían que la tormenta cesara, el dolor que Beata estaba sintiendo era el más grande que pudiera existir, su familia jamás le había mostrado cómo era el mundo real, la habían protegido tanto que ahora la realidad era un gran trago amargo. Debía ser feliz siempre, no dejaban que supiera que el mundo era cruel y sombrío también; ella solo creía en el amor, la diversión y las cosas bellas, pero ahora estaba conociendo el abandono, la soledad y el dolor.

Totalmente sola y por su cuenta, el mundo era más grande de lo que creía. Caminó hasta que la noche cayó totalmente y en ese momento sintió más miedo que nunca de estar en aquella oscuridad que era la más negra que jamás había visto; y mientras pensaba esto, notó cómo su cuerpo entero comenzaba a tomar cierto brillo, esto aumentó con fuerza hasta que todo él emitía una luz tenue y blanca, aquello no le había pasado jamás; su cuerpo estaba cambiando y continuaba haciendo cosas que no sabía que podía hacer. Poco a poco, su miedo empezó a desaparecer; veía con claridad por dónde caminaba, el bosque ya no lucía tan tenebroso y su luz alumbraba hasta las copas de



los árboles, las gotas de lluvia bajaban resplandeciendo como estrellas y se creaba un bello espectáculo en tonos azules y verdes a su alrededor. Beata comenzó a sentirse maravillada por lo que estaba observando a su alrededor y esto hizo que dejara de llover rápidamente, la noche por fin se tornó más serena y comenzó a sentirse más tranquila y en paz. Sabía muy dentro de su ser que todo había sido un accidente, ella jamás heriría a nadie, mucho menos a alguien que quiso y que le enseñó tanto. Sus propias palabras la calmaron y una Beata más sabia dentro de ella le dio ánimos y la reconfortó.

Beata se detuvo bajo un gran árbol después de horas y horas de caminar. Era tan hermoso, tan grande, que sus raíces gruesas y largas salían de la tierra, y su tronco estaba forrado con plantas, moho y hongos. Esto lo hacía lucir totalmente verde. Beata miró a su alrededor, ya se había internado en lo más profundo del bosque, y todos los árboles lucían igual y eran tan antiguos. Aquella parte se sentía tan diferente a lo que ella había conocido del Bosque del Aullido; pero había tanta belleza y le brindaba tanta paz. Su respiración liberaba vapor pero ella no sentía frío alguno refugiada bajo ese inmenso árbol. Sería tal vez otra parte de su poder y las temperaturas no le afectaban en lo absoluto, o tal vez sí había magia en el bosque como su abuela le había dicho. Beata, sin dejar de recordar a la abuela, tanto que aún sentía que estaba viva, pensó:

—La abuela no era una Luciempierium pero vivió su niñez con una como yo, a la que llamó «madre». Era la Luciempierium de la que todos hablaban, la que quemó a un pueblo entero hace tantos años. La abuela la conoció bien, por eso es que sabía tanto, jamás me lo habría imaginado, gracias a ello pudo acercarme un poco más a esto que soy. Mis padres jamás me habrían dicho lo que soy si la abuela no hubiera estado a mi lado. Ellos querían que pensara que era un ser humano diferente y nada más.

Sé que me querían y querían que estuviera bien y segura. Pero si así ha sido complicada mi vida, ¿qué hubiera sido de mí? La abuela siempre interfirió y me metió en la cabeza que mi naturaleza era otra. Navika amaba que yo le hiciera trucos de magia cuando era más pequeña, como si fuera una especie de ser mágico humano, como una bruja o un mago. Voy a extrañar tanto a Navika, pero no soportaría verlo morir por culpa mía. El bosque es un lugar seguro para mí y para ellos también.

Las horas transcurrieron y Beata durmió esa noche en las raíces del gran árbol, su propio brillo la hizo sentirse segura y tranquila, no necesitaba a persona alguna, hermano, abuela o padres; aquella noche, encontró la tranquilidad en sí misma. Los días transcurrieron y su ropa comenzaba a molestarle, crecía rápido y prefirió deshacerse de ella. No había quien la mirara, no había razón para sentir vergüenza, estaba en el mundo real, estaba en la naturaleza donde nadie te juzga, nadie te mira, nadie te hace sentir avergonzada. Poco a poco, se adaptó a su entorno, bebía del río, comía lo que le daban los árboles y se sentía muy satisfecha. Sintió que por fin era parte de algo, el bosque le brindaba la seguridad que nunca encontró en el mundo humano. Beata aún era una niña pero cada vez se había adaptado más a la naturaleza, los animales no le temían, los ciervos se acercaban a ella curiosos y disfrutaba de su compañía. Beata aún sentía tristeza cuando recordaba esos días felices al lado de Navika, a veces no podía dormir; aunque se sentía más ella misma en el bosque, algo le faltaba. Aún sentía miedo de sí misma, de quién era o de qué era en realidad. Los días transcurrían y la magia del bosque se hacía presente cada vez más. Una mañana, Beata caminó tanto que llegó a una zona de bosque abierto, el sol llenaba por completo el suelo, los árboles se habían abierto paso y pudo ver a unos metros de ella un enorme tigre, su pelaje absorbía la

luz del sol completamente, brillaba tanto y sus ojos eran tan dorados como los de ella; sintió de inmediato que era más parecida a uno de ellos que a los humanos. El tigre caminaba despacio, tranquilo; parecía que disfrutaba del sol.

Su misticismo era tal que Beata no podía dejar de contemplarlo, era el ser más perfecto que había visto, ella no le temía pero pensó en esconderse para seguir observándolo sin que se asustara. Al caminar hacia un árbol lentamente el tigre la escuchó y se quedó quieto observándola también. Ahora que el tigre tenía sus ojos en ella pudo sentir un calor que la llenaba por dentro, el calor de sus bellos ojos dorados, era como ver un Luciempierium, su mirada era tan familiar como la mirada que un padre le brinda a su hija. Jamás sintió esa paz bajo la mirada de ningún humano. La mirada humana es calculadora, piensan tanto al mismo tiempo. Al contemplarte sabes que están juzgándote, sabes que están hablando mal de ti con ellos mismos, pero su cobardía no les permite decir realmente lo que piensan. Creen que son buenos al no decirlo, pero en realidad son malos, porque no deberían siquiera pensarlo, ¿acaso no son dueños de sus pensamientos para decidir qué poner en su mente? Ese tigre no hablaba pero decía tanto con esos ojos de sol que Beata jamás olvidó ese encuentro. En esa parte del bosque, Beata encontró un gran árbol, había crecido tanto que sus raíces eran muy altas, tanto que formaban una especie de casa. Se quedó ahí, fue su lugar favorito para dormir durante mucho tiempo. El invierno llegó rápido y Beata se sentía tan bien en el bosque, disfrutaba cada día rodeada de tanta magia, dentro y fuera de ella. La nieve cayó y el frío no la lastimaba, su piel se adecuaba de una manera tan mágica al clima que ni ella lo podía creer. Recordó que los inviernos en casa eran duros; todo era tan diferente ahora. Estaba creciendo y pensaba que

probablemente aquella sería la razón de estos cambios tan extraordinarios en su cuerpo. El color de su piel se tornó totalmente blanco como su cabello, un blanco igual a la nieve que la rodeaba y que podía perderse en ella, solo sus ojos dorados brillaban como dos estrellas entre todo aquel blanco. Las caminatas de Beata por el bosque se extendían cada vez más, se quedaba tan poco tiempo en su árbol que había días y noches que no volvía; el invierno ya había congelado todo por completo, para ella era fascinante poder ver todos esos paisajes de día y noche sin que le afectara en lo absoluto su entorno; un humano no podría ver jamás lo que ella había visto, el débil cuerpo humano no lo soportaría. Los pinos estaban congelados, todo estaba congelado.

El crecimiento de las plantas parecía detenerse, el tiempo se había detenido. Ese era el encanto del invierno, parecía que duraría para siempre. Las flores estaban envueltas en hielo y era hermoso para Beata poder verlas así, detenidas en el tiempo con sus colores tan vivos como habían estado en primavera; llegó tan rápido el invierno que ellas no lo notaron, solo se quedaron así de bellas como siempre, brillantes, detrás de su cristal. En una de sus largas caminatas, Beata encontró un gran río congelado; en su cielo, volaban halcones; era hermoso verlos volar tan alto, su reflejo se podía ver sobre la superficie del hielo. Era tan clara el agua de ese río que parecía un gran espejo. Beata no se había visto desde que dejó el pueblo y al tener ese gran espejo frente a ella, sintió miedo otra vez.

¿Cuánto era lo que podría ver ahí? No sabía si estaba lista para ver cuánto había cambiado; sabía que lo poco que se había parecido a los humanos alguna vez ya no estaría más en ese reflejo. Sintió que no era el momento y huyó de ese lugar. Corrió en dirección contraria al gran río, corrió tan veloz que cuando se detuvo no estaba segura de en qué parte del bosque estaba. Estaba muy tranquilo

su entorno, solo el viento soplaba ligero entre los pinos congelados. De entre esos pinos vio una figura que se hacía camino entre la nieve, entre las ramas congeladas; ahí notó que era una entrada para ella a la parte espesa del bosque y para esa figura era una salida. Se quedó ahí inmóvil, estaba ansiosa por ver qué bello animal sería esta vez. Cuando la figura salió totalmente de entre los pinos, se pudo dar cuenta de que no era un bello animal. Era un humano, forrado en piel de oso de la cabeza a los pies, totalmente cubierto; solo sus ojos se distinguían entre tanta ropa y pieles. Beata estaba sorprendida de cómo había podido llegar tan lejos aquel hombre. ¿Qué lo había impulsado a tomar la decisión de adentrarse tanto al bosque en este invierno tan cruel? Lo más seguro era que estaba en busca de alimentos, portaba un arma, así que estaba de cacería. Beata, al ver su semblante, sintió una gran molestia, sintió cierto desprecio hacia él, ya que estaba segura de que su fin de llegar hasta allá era cazar a los ciervos que la acompañan todos los días en sus caminatas, a su hermoso tigre, a los halcones. Beata comenzó a sentir enojo, rabia y asco. Todo era tan puro y perfecto en el bosque y las simples huellas de las botas sucias de ese desagradable ser humano, le quitaban gran pureza al hermoso paisaje, sentía cómo le dolía cada paso que ese ser daba en su suelo blanco y liso, dejando las marcas de su peso en él. Estaba tan molesta que no sabía cómo actuar, lo único que sabía es que no daría un paso atrás y ese ser volvería por donde llegó sin llevarse absolutamente nada del bosque. Beata se quedó ahí frente a él y al mirarla ahí estática con sus ojos dorados clavados en él, se detuvo y levantó sus manos mostrándole que no tenía intención de pelear. El hombre se arrodilló rápidamente tomando el arma que tenía en su espalda y poniéndola frente a ella. Beata lo miraba hacia abajo con total desprecio, ni siquiera quería saber por qué había ido allí, no quería hablarle. Cómo se

atreví a entrar hasta allá solo para matar, para quitar vidas de mayor importancia que la suya. Sabía claramente cómo era su naturaleza y tenía que encontrar la forma de sacarlo. Pero ni siquiera quería hablarle, sabía lo que los humanos tenían que decir, siempre era lo mismo. No decían lo que de verdad pensaban, lo que de verdad sentían. ¿Qué diría el hombre? ¿Me perdí? ¿Pediría perdón? ¿Orar por su vida? Mentiras y más mentiras. No había arrepentimiento en él, no había verdad en él; todo eran estrategias para sobrevivir. Su instinto de supervivencia siempre está presente y se las arreglan bien para seguir respirando día a día, aferrados a su miseria. El bosque ya se había apoderado por completo de Beata. Podía sentir dentro de ella las pisadas del humano, podía sentir dolor si algo se quebraba a manos de ellos. La enfurecía demasiado la presencia humana en ese lugar. El hombre se quedó ahí inmóvil sin decir nada, Beata solo podía escuchar su respiración agitada y rápida. El hombre tenía miedo aunque no lo decía. Podía ver sus ojos cafés de entre todas sus ropas, eran ojos jóvenes y grandes, y aunque la observaban fijamente como si no tuvieran miedo, sus manos temblaban de temor. El hombre llevó la mano a su cara y destapó su rostro por completo. Tenía abundante barba aunque era joven y sus labios estaban rosas y secos; su rostro, muy rojo, el frío le estaba quemando la piel. Había estado mucho tiempo sumergido en el bosque. El hombre miraba a Beata directamente a los ojos, como buscando algo. Beata bajó la mirada y comenzó a sentir vergüenza. De pronto, recordó cómo había sido ser humana. Al ver su cuerpo cubierto de ropa y pieles se sintió desnuda otra vez. Ese sentimiento de cuando era niña comenzó a revivir con cada segundo que él tenía sus ojos clavados en los de ella. La seguridad y paz que sentía en el bosque estaba siendo invadida por este hombre. No sabía qué hacer, podía huir y quitarse de su vista hiriente o podía ser valiente y hablar con él, decirle que se fuera. Mil cosas pasaban por la mente

de Beata hasta que el hombre habló. Con una voz dulce y tranquila, le dijo:

—Beata, soy yo... ¿No me reconoces?

Beata inmediatamente reconoció la voz, y levantó la mirada; ya podía verlo claramente, esos ojos eran de Navika. Todo en él había cambiado ya era un hombre, pero sus ojos eran los mismos. Beata sintió una gran alegría al ver que había crecido y que estaba bien, pero no dijo nada. Navika sonreía al verla y quería verla de cerca así que comenzó a avanzar. Ella, al ver esto, se alejó de él y le dijo:

—¡No me mires!

Navika se detuvo y apenado le contestó:

—Perdóname, pero vine hasta acá para verte, no me pidas que no lo haga. Todo este tiempo te he buscado, Beata, tenía que saber que estabas viva, que estabas bien.

Beata se sentó en el suelo cubierto de nieve y él, temeroso, también se sentó lentamente y sin quitar sus ojos de ella. Navika sentía tanto gusto de verla, que quería correr a abrazarla. La veía tan diferente: totalmente blanca como la nieve; había crecido, su cuerpo era igual al de la una mujer humana, pero su extraño color la hacía hermosa, más de lo que había sido jamás. Estaba en un bosque totalmente congelado y ella estaba perfectamente bien sin ninguna ropa que la cubriera, era un ser totalmente mágico, era como un hada del hielo, su cabello era tan largo y blanco, y sus ojos eran aún más grandes y brillantes, emitían una hermosa luz sobre él cada vez que lo miraba; era lo más hermoso que había visto. Se quedaron ahí sentados un largo tiempo sin hablar, Beata tenía una guerra dentro de ella, sentía tanta vergüenza, sentía rabia, sentía alegría, sentía tantas cosas que prefería no hablar. Navika se quedó en silencio esperándola, ella sabía por qué estaba allí, quería saber qué tenía que decir. Beata por fin habló mirándolo fijamente a los ojos:

—Navika, me siento muy feliz de que estés aquí...

Navika se apresuró y le dijo:

—Yo también, me alegra haber llegado hasta aquí y poder verte una vez más.

Beata, con dolor en su corazón, le contestó:

—No puedes estar aquí, el bosque se convirtió en mi hogar ahora y si viniste para hacerme volver, fue inútil que llegaras tan lejos...

Navika agachó la cabeza y apretó los puños hundiéndolos en la nieve del suelo, respiró hondo y le dijo:

—Eras tan pequeña cuando te fuiste, Beata, dediqué mis días a buscarte, no podía quedarme así, sin saber dónde estabas, sin saber si comías, sin saber si llorabas, sin saber nada de ti. Eras mi responsabilidad desde que te encontramos aquí, en el pueblo todos preguntaban por ti, madre y padre lloraron por ti, te amamos, Beata, desde el primer día.

Beata se levantó y le dijo que se fuera, el bosque no era lugar para él, el frío era cruel y lo mataría si se quedaba más tiempo. Navika estaba en el suelo agachando la cabeza y las lágrimas rodaban por su cara. En algún momento, Navika olvidó que Beata, aún siendo niña, había tomado la decisión de perderse en el bosque. Él la buscó durante años como si se hubiera extraviado; una parte de él deseaba encontrarla para que ella volviera con él, nada había sido como había pensado. Navika se veía cansado, aturdido, sus labios temblaban al hablar, sus manos también; su cabello tenía hielo y estaba derrotado; pero aún así, se sentía feliz de verla otra vez. Beata, al verlo así, sabía que no sobreviviría un día más a la intemperie, el frío acabaría con él más pronto de lo que pensaba. Sintió tanta lástima que decidió ayudarlo, se arrodilló frente a él y tan cerca que Navika no podía creerlo, sus ojos lo iluminaban y le brindaban una paz enorme; Beata le dijo:

—Si te dejo aquí no sobrevivirás, ven conmigo.



Beata le extendió su mano. Navika se quitó rápidamente el guante y tomó, tembloroso, la mano tibia de Beata aún en medio de aquel bosque boreal congelado. Navika se levantó y Beata lo soltó, así le dijo que lo siguiera. Empezaron una larga caminata sin hablar. Él solo la seguía y miraba cómo el entorno de Beata cambiaba cuando ella lo tocaba o pisaba. A medida que avanzaba, la nieve se derretía bajo sus pies y él podía pasar sobre un césped verde que emitía un ligero calor que lo ayudaba a seguir a pesar del cansancio y del frío. Durante la caminata, Navika pudo darse cuenta de la paz que era estar en el bosque y entendía perfectamente cómo ella estaba tan bien ahí, se había convertido por fin y completamente en una Luciempierium, el bosque era un lugar tan mágico y perfecto tal y como ella lo era. Se había camuflado perfectamente con el bosque. Si no fuera por sus ojos de sol no la habría visto jamás, era tan increíble verla así, siendo lo que siempre fue. Pronto llegaron al gran árbol de Beata y ahí pudo refugiarse Navika del frío. Entraron al árbol. Por fin Navika pudo descansar en el suelo y Beata encendió una fogata con tan solo mirar la madera amontonada. Navika ya estaba seguro dentro del gran árbol, así que Beata quería salir de ahí lo más pronto posible, hacía tanto que estaba sola que hasta había olvidado un poco a convivir de forma humana. Navika la vio salir del refugio pero no la detuvo, sabía que ella tenía que pensar en lo que estaba pasando y pronto se quedó dormido. Beata salió al bosque a buscar algo para que Navika comiera, estaba tan confundida y pasaban tantas cosas por su cabeza; sabía que él tenía que irse pronto, debería recuperar fuerzas y volver a donde pertenecía. Beata hizo crecer algunas frutas para él, se acercó a un árbol congelado y poniendo sus manos en el tronco, con un fuerte brillo, el árbol floreció. Al caer la noche, Beata regresó al refugio y Navika por fin comió las frutas que

hizo crecer para él. Comía tan rápido que pronto acabó con todo. Beata, al verlo comer, se dirigió a la salida para dejarlo descansar, pero antes de que saliera Navika le dijo:

—¡Gracias!

Beata solo asintió con la cabeza y le dio la espalda, Navika al ver esto rápidamente le dijo:

—No te vayas... ¿Podríamos hablar un rato antes de que vuelvas al bosque?

Beata se detuvo y aunque no estaba segura de si quería hablar con quien perturbaba la paz de su día se quedó. Se sentó frente a él, la fogata los separaba y él solo la miraba fijamente.

Navika, con voz tranquila, le dijo:

—Tengo que agradecerte todo lo que has hecho por mí, Beata. Vi lo que hiciste de camino acá, derretías el camino para mí, creo que no lo hubiera logrado sin esa gran ayuda, sé que no debí adentrarme tanto pero algo me jalaba hasta este lugar.

—Así es, aún no sé cómo llegaste hasta aquí —dijo ella con su vista fija en el fuego.

Navika notaba la hostilidad en sus palabras, sabía que había cambiado y ya no era la tierna niña que él había conocido. Beata se levantó y salió del lugar. A la mañana siguiente Navika salió del árbol, estaba más iluminado todo y el frío ya era más soportable:

—Tal vez, Beata lo hizo así para mí —pensó Navika en voz alta con una sonrisa iluminando su rostro.

El cielo estaba muy azul y el sol brillaba alto, la nieve era tan blanca y brillante, era un hermoso paisaje que no había visto antes en todo su recorrido. Siempre que salía al bosque a buscarla encontraba la forma de volver al pueblo en algunos días, no se quedaba tanto tiempo en él. Pero esta vez ya había perdido la cuenta de cuántos días había estado ahí. Quiso adentrarse más, tal vez así la encontraría y lo logró. Por primera vez sintió una paz

inmensa al estar en medio del bosque congelado. Antes todo era sombrío y peligroso en él, pero cambió desde que estaba cerca de Beata, sabía que aunque él no la viera ella estaba ahí, en todo lo que lo rodeaba.

Caminó un poco marcando la nieve con una vara para poder regresar al refugio, caminó por ese hermoso bosque en silencio total solo observando los pinos blancos y las montañas azules, era un día hermoso. A lo lejos, entre los grandes pinos congelados, vio ciervos congregados. Caminó un poco más y trepó un árbol para ver mejor. Entre ellos estaba Beata haciendo crecer pasto bajo sus patas. Los ciervos comían mientras ella los acariciaba con una hermosa sonrisa. Navika pudo comprender mejor por qué aquella parte del bosque era tan maravillosa. Beata hacía crecer todo. El bosque estaba tan vivo gracias a ella, se había vuelto su hogar y lo cuidaba como tal. Y él también podía sentir la paz que brindaba aquel lugar, había estado tan feliz aquí también porque era magia pura, tanta belleza no podía cansar a nadie; la vida era plena, viviéndola ahí. Pasaron algunos días y Beata lo dejó quedarse más para recuperarse por completo. Ella sabía que la naturaleza cura lo que sea si la respiras todos los días. Navika se quedó en el árbol y Beata dormía bajo la luna en lo alto de los pinos por las noches. Durante el día, Navika la seguía en sus paseos por el bosque, bebían la lluvia y comían solo las frutas que ella hacía crecer. Navika se adaptaba a la naturaleza rápido y aprendía todos los días de Beata y de cómo se trata el bosque. Era asombroso para Navika pasear con ella todos los días, escucharla hablar del bosque y de cómo habían sido sus días ahí. También le preguntaba por el pueblo y rieron muchas veces recordando los juegos de la niñez. Los días trascurrían rápido y Navika se acercaba a ella más y más. Eran los mismos que de niños, nuevamente. Jugaron bajo la nieve otra vez. Beata se acostumbró a la presencia de

Navika; a hablar con alguien una vez más y contarle sus sueños y deseos. Era fantástico después de tanto tiempo de estar sola. Navika era lo único que quedaba de su pasado y era bueno hablar con él y recordar los buenos tiempos.

El invierno llegaba a su fin, todo comenzaba a moverse nuevamente. El tiempo ya no estaba detenido en el invierno y todo comenzaba a reverdecer. Las bellas flores brillaban al sol y las aves comenzaron a cantar otra vez. Uno de esos bellos días, mientras Navika y Beata paseaban y hablaban, se detuvieron al escuchar voces cerca de ellos. De entre los pinos, que aún estaban pintados de blanco, se abrió paso un grupo de hombres del pueblo, venían armados y eran cerca de veinte. Al ver esto Beata sintió nuevamente mucha frustración y enojo, los hombres no se habían percatado de su presencia así que Navika rápidamente le dijo a Beata:

—Seguro vinieron a buscarme, los conozco... No te preocupes, los sacaré de aquí... —contestó Navika, en voz baja pero llena de ira.

—No los quiero dentro de mi bosque... Todo esto es por tu culpa, Navika.

Navika vio en sus ojos de sol, furia y fuego, así que corrió hacia el grupo de hombres; ellos al verlo se pusieron muy felices y lo abrazaron gritando:

—¡Navika! ¡Por fin te encontramos! ¡Te perdiste tantos días que creímos que jamás te encontraríamos!

Otro dijo:

—¡Pensamos que estabas muerto, Navika!

Y otro, emocionado, le preguntó:

—¿Encontraste a la niña?

Beata, entre los pinos, escuchó todo y no quiso que ellos la miraran. Sentía tanto miedo y vergüenza en ese momento que huyó al bosque. Habían llegado tantos ahí a buscar a Navika, sabían cómo volver al pueblo y también sabían cómo regresar a esa parte del bosque, los hombres

son inteligentes, ella lo sabía. Aquella parte era tan hermosa y llena de vida, de comida, de animales, de madera... de todo lo que el hombre adora poseer. Sabía que ahí había un paraíso para ellos también. Llegó a un gran árbol y se sentó ahí, a unos metros del lugar donde estaban los hombres. Pensaba en qué podría hacer ahora que ellos sabían de este hermoso lugar. ¿Qué pasaría ahora? En ese momento llegó Navika al lugar escondiéndose entre los pinos; agachado, se acercó hasta ella y sin decir nada la tomó de la mano, Beata se sentía tan triste que él lo notó y le dijo:

—Beata, mírame...

Levantándole el rostro con su mano continuó:

—Les conté lo que pasó... Les dije que tenían que irse, que esa parte del bosque era peligrosa para ellos y accedieron. No te preocupes que no volverán.

Navika, con una gran sonrisa, esperaba la reacción de Beata después de decirle esto.

## CAPÍTULO VII

## Amor

Beata miró en la expresión de Navika cuáles eran sus intenciones, sabía que él era un buen hombre, era amable y eso mismo lo hacía ser muy inocente, ella no creía en la palabra de los hombres, sabía de lo que eran capaces y no confiaba en ellos. Pero Navika no lo entendería; también podía ver en su rostro las ganas que tenía de quedarse a su lado, él había hecho lo posible para que los hombres se alejaran del bosque pero no se les había unido; tal vez, pensaba quedarse ahí pero el tiempo para que regresara a donde pertenecía había llegado. Beata no podía exponer más al bosque dejando que Navika siguiera ahí. Así que con una voz tranquila le dijo:

—Navika, no puedes seguir a mi lado y lo sabes, alcanza a los hombres del pueblo y vuelve a donde perteneces; ahora sabes que estoy bien, ya puedes seguir tu camino y dejarme seguir el mío.

Estas palabras retumbaron fuerte en el interior de Navika y aunque quería decirle mil cosas que tenía en su interior para que ella cambiara de opinión, no lo haría. Beata había tomado su decisión y el amor que sentía por ella lo forzaba a respetar cada uno de sus mandatos. El tiempo a su lado había sido más que hermoso, pero ella ya había decidido que ese tiempo terminara. Sus razones eran claras y Navika las entendía perfectamente, aunque por dentro sentía que moría. Tanto tiempo la buscó sin cesar que cuando al fin estuvo con ella llegó a pensar que sería para siempre. Nada preparó a Navika para enfrentar la devastadora frustración que viene de amar a alguien que no te ama, la más cruel de las verdades estaba frente a él, amar a alguien que sufría también y que no sabía

quién era realmente, pero, con todo en contra, él se había enamorado de Beata; esos días en el bosque lo hicieron darse cuenta de lo inmenso que era el amor que sentía por ella. Poco parecía importarle a ella el amor incondicional que tenía para darle, la paciencia y el hecho de que lo que sea que ella le diera era perfecto, una mirada, una palabra, lo que fuera; para él era lo más preciado y lo llevaría hasta el día de su muerte. Nada lo preparó a verse obligado a aceptar con respeto la decisión de Beata de aislarse en los impenetrables brazos del bosque alejada totalmente del mundo humano y, por ende, de él.

Navika trataba de contener con ansiedad su violencia humana de hacerle reaccionar, de hacerle ver que ella también lo necesitaba, que ella también iba a estar deshecha sin él, quería con todas sus fuerzas hacerle ver que moriría sin él en la total soledad. Pero no lo haría, ella lo había decidido, así que lo aceptó; se levantó, dio media vuelta y se alejó. Beata lo vio partir y desvanecerse más y más dentro el bosque y sintió repentinamente un gran pesar, una parte de ella quería ir a buscarlo, no sabía por qué razón pero sentía que la única parte humana que aún quedaba de su pasado estaba ligada a él y que, sin Navika, esos sentimientos humanos desaparecerían por completo; esos sentimientos humanos que atormentan pero que a la vez te hacen sentir real y no tan sola, no tan separada de la especie, no tan diferente, no tan extraña y perdida.

Beata no sabía si era real, no sabía si había más seres como ella. ¿Y si todo era un sueño? Se sentía perdida a veces y la soledad era siempre su única compañera. Y aunque eso siempre había estado bien para ella desde que estaba en el bosque, en aquel momento comenzó a sentirse sola y llena de un intenso deseo de alejarse de ese lugar tocado y violado por el hombre. Así que comenzó a correr y a huir adentrándose aún más en el bosque, corrió a toda velocidad intentando dejar ese lugar pisado

por el hombre en el pasado y en cada huella que Beata dejaba en el suelo del bosque crecía un árbol nuevo, cada marca que dejaba en el suelo al correr hacía crecer a una gran velocidad un bello pino o rosál, con esto se hacía más espeso el bosque, era como si creara una gran barrera de vegetación para que ellos no pudieran entrar otra vez. Quería que se quedaran en su pueblo y así se aseguraba de que no volvieran jamás.

Mientras se alejaba de todo ese caos que tenía en su cabeza, Beata comenzó a darse cuenta de todo lo que había ocurrido mientras Navika estuvo con ella; de que, en todo aquel tiempo que compartieron, ella había dejado de lado una vez más su naturaleza, mientras él estaba ahí los ciervos ya no la buscaban para pasear y las aves temerosas de él dejaron de cantar. Forzó al bosque y al ritmo natural de las estaciones, apresuró la primavera, sin darse cuenta, para que Navika viviera. Había expuesto al bosque con su presencia y a quienes lo habitan. Había traicionado su naturaleza y a todo lo bello que ese lugar le había brindado, todo por un humano. Ya no podía escuchar a las aves, ni pudo hablar con los animales más, ya no escuchaba lo que tenía que decir el gran arce o la montaña y el río ya no le cantaba más en las mañanas. Solo miraba a Navika, solo escuchaba a Navika, todo lo que tenía dentro era solo para él. Toda su atención, su oído y sus palabras; ese era el comportamiento más humano que existía, ignorar por completo el vasto mundo solo por una persona más; ignorar el cielo, el zumbido de la abeja, el murmullo del viento fresco, todo por un ser humano de los que hay millones y parecen ser todos iguales. Beata sintió tanta culpa y tristeza de haberse alejado del bosque aún estando dentro de él.

Corrió tanto que la noche llegó y cuando se detuvo pudo ver que había llegado al gran río de espejo. Como solo iluminaba el cielo nocturno, el río brindaba



un reflejo oscuro pero muy brillante y en él podía verse todo el universo, las estrellas y constelaciones enteras. Era hipnotizante estar frente a un gran espejo y tener el cielo nocturno encima, no existía tierra, solo cielo arriba y abajo. Estar frente a ese espejo fue lo mejor que le pudo pasar esa noche porque al fin podría verse en él y terminar de saber quién era y en quién se había convertido.

Beata entró al inmenso río caminando ligera por encima de él, ya que se había vuelto tan delgado y a cada paso crujía bajo sus pies. Era como caminar encima del cielo pisando las estrellas, ya que en cada paso se dibujaba sobre el ligero hielo una estrella blanca. Al detenerse en medio del gran mar de estrellas agachó la cabeza para encontrar su reflejo en el hielo pero la luz que emitía su cuerpo era tan blanca que no podía ver su reflejo con claridad, solo miraba una silueta blanca y resplandeciente, solo alcanzaba a ver dos soles brillantes en su rostro pero nada más. Al ver que no tenía reflejo se sintió perdida y sin identidad; tocó ligeramente su rostro para encontrarse mirando fijamente al hielo. No podría ver en ese espejo cuánto había crecido y cambiado, mucho menos quién era. El hielo delgado bajo a ella comenzó a crujir cada vez más hasta que comenzó a dibujarse sobre su oscura superficie una ramificación que se extendió quebrándolo estruendosamente. Pudo observar mientras caía cómo su figura de luz reflejada en el suelo se partía en mil pedazos. Así entró a las profundas aguas negras del río, hundiéndose cada vez más y dejándose llevar; tal vez, ahí dentro del espejo, podría armar su despedazado reflejo brillante.

En su búsqueda dentro del río no encontró nada más que oscuridad y soledad, era tan oscuro y tranquilizante estar en ese lugar que pensó que tal vez sería buena idea quedarse en él, tanta oscuridad la reconfortaba y la llenaba de seguridad. Tanta luz en su vida la comenzaba a cansar. ¿De qué servía tener tanto si al final estaba sola?

Casi había decidido quedarse en el profundo y oscuro río un largo tiempo cuando, de pronto, vio acercarse a lo lejos a una enorme criatura rojiza: era un gran pez que le triplicaba su tamaño y nadaba lento pero determinado hacia ella, la luz que emitía lo había guiado dentro de todo esa inmensa oscuridad. El pez dejaba en su camino una estela roja y brillante, como él; parecía fuego que flotaba y crecía tras de sí, era majestuoso encontrar un tesoro como ese entre tanta desesperanza. El aspecto del pez era tan prehistórico, lucía viejo y su tamaño lo hacía único en el río y quizás en el planeta.

El pez se acercó y quedó inmóvil frente a ella. Sus ojos eran grandes y rojos y los tenía clavados en los de Beata como hipnotizado con tanto resplandor. Pronto una estela de fuego se acumuló en el lugar, ya que él estaba quieto frente a ella y se hacía cada vez más espesa la nube de fuego. Beata se dio cuenta de que la estela provenía de una herida, al costado del pez, en la que estaba clavada una estaca de madera con punta de metal. Rápidamente y con esfuerzo, Beata retiró la estaca. Sus escamas eran tan duras que se debió haber usado mucha fuerza para clavarla en él. Aunque los hombres no tenían tanta, su determinación los hacía fuertes. Nadie más podía haber dañado a ese majestuoso ser, ellos no sabían de piedad ni de amor ni de respeto. Tenían y profanaban una idea de amor y respeto, pero su idea no se acercaba en nada a lo que significaban estas valiosas palabras en realidad. El pez poco a poco perdía su color rojizo, era como si se convirtiera en pintura que rápidamente se mezclaba en el río. El gran pez perdía fuerza y se sumergía más en las profundidades del inmenso río y Beata lo acompañaba en este, el que parecía ser su final. En su nado podía notarse cómo se despedía del antiguo río, acariciando con aleteos suaves las aguas oscuras teñidas de rojo. Su aspecto ya se había tornado totalmente blanco y su mirada seguía fija

en la de Beata. De pronto, se escuchó una voz serena que le dijo:

—Niña de luz, la profundidad de este mi hogar es lúgubre, sombría, tranquila y reconfortante; nadie te mira, nadie te escucha y eso es bello al principio; y aunque el tiempo aquí mata más lento y más fuerte que la lanza del hombre; la soledad ya me había matado desde hace mucho tiempo, tanto que ni yo puedo recordar; así que no adoptes esta imagen que yo elegí, no te quedes aquí, vuela alto.

Estas palabras retumbaron con fuerza en el interior de Beata y aunque sin mover sus labios supo que el pez le daba un consejo invaluable. Él comenzó a emitir una luz roja e intensa y pronto su cuerpo ya no estaba, solo flotaba la luz iluminando el río por completo. De un momento a otro, aquella luz subió muy alto saliendo del río, como una estrella fugaz llegó hasta el cielo y ahí se quedó. Al final Beata había encontrado en ese río el reflejo que tanto buscaba, y una visión de lo que pudo haber ocurrido si se hubiera quedado ahí. El espejo era una trampa del tiempo que te abrazaba en la comodidad de sus aguas y no te dejaba ir. Beata salió del río y permaneció recostada y tranquila sobre sus aguas, bañada por las estrellas y bajo esa estrella roja, en especial, que lo iluminaba desde tan alto. No podía creer que había conocido a un ser único, igual que ella, sabía que era un ser mágico como ella; había sido real, estuvo vivo y lo más extraño es que la conocía bien. Jamás olvidaría a ese pez y mucho menos el valioso consejo que le había dado. Esa noche Beata durmió sobre las aguas del río y por fin sintió cómo las dudas, el temor y la ira se disiparon; sentía que estaba segura, sentía que estaba en su hogar y que ahí pertenecía.

La primavera llegó pronto. Instada por la desesperación de mantener vivo a Navika, Beata había hecho reverdecer todo anticipadamente; el hielo se había

derretido por completo y las flores habían quebrado su caja de cristal para brillar bajo el sol nuevamente. Aunque el misticismo que le había dejado el invierno era inolvidable, la primavera era lo mejor para ella. Sus días poco a poco volvieron a la normalidad, sus paseos se alargaron y cada vez recorría más áreas de ese bosque que parecía no tener fin; era más grande de lo que había pensado y cada nueva zona le proveía de hermosas vistas, nuevos animales y grandiosas experiencias. La magia que la abuela había dicho que tenía el bosque era tan real y palpable. Las aves cantaban con más fuerza aquella adelantada primavera y volaban felices al rayo del sol cada mañana. Beata se sentía más feliz que nunca porque era libre de sus actos y de su existencia. Había superado sus miedos y eso también le daba libertad, había decidido ser libre de ahora en adelante y para siempre. Las aves eran la prueba más real de la libertad y Beata se parecía tanto a ellas en su día a día que solo le faltaba volar. Así que, una mañana, contempló su vuelo y supo que podría hacerlo. Trepó un gran y antiguo árbol y observó el cielo azul, su cuerpo se tornó de un color dorado completamente y de su espalda crecieron lentamente dos alas forradas de escamas doradas, fijó su vista nuevamente en el cielo azul y despegó del árbol. Sus alas sabían qué hacer. Voló tan alto que podía acariciar las nubes. Eso era la libertad: estar suspendida en ese cielo en total soledad. La sensación del viento en su rostro era frío y lo podía acariciar con sus manos. La velocidad de su vuelo aumentaba y Beata no quería detenerse, esa sensación era la mejor que había sentido jamás. El gran pez rojo tenía razón, volar alto y bajo la intensa luz del sol era lo mejor; el cielo era su lugar, tan mágico y tranquilo, tan azul, tan puro. El humano no podía llegar a él, jamás lo había tocado. Era perfecto y era todo suyo.

## CAPÍTULO VIII

# Humano

Este era el más maravilloso descubrimiento que Beata haría sobre sí misma, cada día surgía de ella una inquieta urgencia por volar cual ave que se apresura a salir del nido para por fin emprender el vuelo. Esa necesidad del cielo ya se había apoderado de ella por completo, se sentía más un ave que cualquier otra cosa, ese disfrute de la libertad no te la da nada más que el vuelo. Era algo totalmente novedoso y cada día que volaba era un nuevo aprendizaje, jamás sintió vértigo alguno o temor; al contrario, la embargaba una gran sensación de vida, poder y dicha estando en las alturas. Subía tan alto, hasta donde pudiera soportarlo, y, desde ahí, desde arriba de las nubes, se dejaba caer en picada, rompiendo el aire con su cuerpo y antes de llegar al suelo, justo en la línea sin retorno en la que te estrellas contra la tierra, cambiaba su dirección de nuevo hacia arriba.

Podía planear sin miedo alguno, sin ver al frente siquiera, sus alas no la traicionarían jamás, podía planear suavemente y dejarse llevar por su vuelo, dándoles libertad de dirigirse a donde ellas desearan. Allá arriba era un deleite de aromas y sensaciones, la tierra emanaba olores refrescantes y puros como de los pinos, ese olor era el más perfecto y allá arriba en el cielo húmedo y frío tomaba más fuerza, podría ser el único alimento para ella. Ahora podía entender el afán de las aves al permanecer tanto tiempo en el cielo, era tan adictivo que solo la noche te hacía bajar a la tierra para descansar. Pero ese momento en el que casi se va la luz por completo era la mejor hora del día para estar allá arriba sin ninguna duda. El aire era más frío y la hacía sentir más viva, podía ver tan de cerca los

lejanos atardeceres en los que el cielo se pintaba de rojo, rosa, violeta y amarillo, todos esos colores se mezclaban entre sí pintando las nubes y embelleciendo la luz. El más maravilloso espectáculo eran esos cielos de colores en los que ella podía volar.

Beata volaba alto ese día, y esa misma libertad la hacía pensar más profundamente, el cielo era un lugar en el que podía reflexionar sobre todo sin ningún impedimento o distracción. En el cielo, Beata dejaba que los recuerdos llegaran a ella y los tenía más presentes. Uno de esos días se puso a pensar en el pueblo Jannada, el que había sido su hogar. La curiosidad la hizo querer ir a ver si había cambiado en todos estos años y decidió acercarse un poco, pero volaba alto y se escondía entre las nubes para no ser vista. En su camino, aún dentro del bosque, pudo observar a un nutrido grupo de hombres en un perímetro en el que ella paseaba segura de que ellos no podían llegar hasta allá con facilidad. Pero ya lo habían hecho. El humano es un ser inteligente y siempre encuentra el modo para hacerse camino. Al ver esto, Beata se sintió muy enojada ya que ellos portaban armas. Era seguro que habían cazado. El humo de sus fogatas llegaba muy alto y el aroma a carne era evidente. Las nubes negras subían muy alto y su olor lo penetraba todo. Había pequeñas casas de madera forradas con pieles de animales donde ellos dormían, se veía que tenían tiempo en ese lugar. Aunque estaba sorprendida por lo que habían hecho, dentro de ella siempre supo que este momento llegaría. Era cuestión de tiempo para que ellos comenzaran a hacerse paso en el bosque, las familias crecían y ya no cabían en el pueblo. Tenían que abarcar más territorio, tenían que expandirse.

Los humanos son seres que se mueven constantemente, no se quedan en un solo lugar; son descubridores y conquistadores de tierras por naturaleza. Su sed de poseerlo todo no cesaría jamás. No sabía

exactamente las intenciones de ellos pero eso era lo más probable. La última vez que los vio se habían adentrado en el bosque con la única intención de encontrar a Navika, ellos habían sido respetuosos con los Lucempierium en el pasado, por temor a ellos, y se habían mantenido alejados del bosque durante mucho tiempo. ¿Qué había sucedido ahora? ¿Por qué estaban ahí? Ellos sabían de la existencia de Beata y aun así se habían adentrado en su hogar. Acaso, ¿ya no me temían más? Más preguntas agobiaron a Beata al ver a los humanos hacer esto. Pero ¿cuál era la verdad? Ellos eran quienes estaban en riesgo, no Beata. El bosque era su hogar y estaba dispuesta a protegerlo hasta el final. Su osadía de penetrarlo sin respeto alguno por ella y por la naturaleza la hacía querer destruirlos. Estos pensamientos repentinos de ira hacia la humanidad la asustaban porque no era un ser que debiera sentir esto. Era una luz en la oscuridad del mundo y tenía que amar a todos los seres vivos del planeta. Los humanos no aportaban nada al ciclo natural de la vida, pero aún así estaban aquí y aunque ella no sabía por qué, sabía que existía una razón, debía existir una buena razón; aunque sentía que hasta la hormiga más pequeña era más importante y necesaria para el curso de la vida que los seres humanos. Solo subsistir no es suficiente, quería saber si algún día ellos podrían aportar algo importante al mundo, algo que no tuviera que ver con ellos mismos. ¿Sería posible que crearan algo que no reflejara su ego? Sus ganas de sentirse superiores sobre todas las demás criaturas del mundo era el más grande defecto que tenían. Beata sabía a quién acudir. Estaba segura de que Navika podía darle una respuesta de lo que estaba sucediendo en el bosque, así que voló alto y fue a buscarlo. Sus ganas de saber las intenciones de aquellos hombres tan adentrados en el bosque hicieron que dejara de importarle que la miraran sobrevolar el pueblo de Jannada. Muchas personas que la pudieron observar,

corrían aterradas a esconderse en sus casas; no estaban seguras de qué era esa extraña ave dorada que volaba tan bajo pero tampoco querían averiguarlo.

Beata sobrevoló la que fue su antigua casa. Lucía totalmente abandonada, habían pasado tantos años y aun así podía sentir nostalgia al recordar a la abuela y su vida en ese lugar. Siguió su camino haciendo memoria de algún lugar donde Navika podría estar, pero no pudo recordar ninguno. Lo buscó durante un largo tiempo y no pudo encontrarlo, así que bajó cerca del que había sido su hogar y, cuando casi se había rendido, vio la entrada al Bosque del Aullido, la parte donde Navika y su padre la habían encontrado de bebé, y se dirigió a ese lugar sin pensarlo. Al entrar a esa parte del bosque que estaba tan olvidada por ella debido a la cercanía que tenía con el pueblo, pudo notar que seguía siendo una parte muy hermosa de su hogar y le fue bello recordar lo que vivió allí con Navika y su abuela. De pronto, escuchó una voz a sus espaldas que la llamó por su nombre:

—Beata, ¿qué haces aquí?

Beata notó que la ropa de Navika no era la más adecuada, era escasa y no era la usual ropa de un pescador. Lucía harapos y se veía más descuidado. Su rostro, aunque con más arrugas, era el mismo de siempre. Esa mirada sincera y feliz; con sus ojos cafés sonreía y decía todo. Beata sintió una gran alegría al verlo pero no se lo hizo notar y, conteniendo una sonrisa, le dijo:

—Navika, vine a buscarte porque eres el único humano en quien confío y con quien puedo hablar. Los hombres del pueblo están invadiendo gran parte del bosque, han llegado a donde pensé que no llegarían jamás. Ha pasado tiempo desde que estuvieron ahí cuando fueron a buscarte, pero no sé qué los hizo entrar ahora. Necesito saberlo para poder actuar adecuadamente ante esta situación.



Navika la escuchó atento y caminó dándole la espalda. Beata lo siguió y pronto llegaron a una pequeña casucha en medio del bosque. Lucía vieja y descuidada, pero había una fogata encendida. Navika se detuvo y le dijo:

—Este es mi hogar ahora, Beata. Nunca volví al pueblo, me quedé aquí. La vida en el bosque es hermosa, eso lo aprendí de ti. Estar aquí, debo confesarlo, me hizo más feliz y me hizo sentirme también más cerca de ti. Pero debes saber que he cuidado bien del bosque y lo he respetado, ningún animal ha muerto por mi culpa, eso te lo aseguro. Solo he comido de lo que me brinda el bosque y nada más. Ellos saben que vivo aquí y nadie me molesta, ya que he ido al pueblo algunas veces, saben cómo cambio mi vida. Como sabes, no salgo mucho de aquí, así que no sabía que ellos habían entrado al bosque.

Beata asintió con la cabeza y le dijo:

—Así es, lo hicieron. Y necesito saber sus intenciones. Ellos saben que no deben estar aquí, tú les dijiste que no volvieran y aún así lo hicieron. Saben que es mi hogar y no parece importarles, Navika. Acaso, ¿se olvidaron de mí? ¿No recuerdan quién soy y lo que puedo hacer? ¿Tanto tiempo ha pasado que ya nadie cuenta esas historias en las que los seres mágicos habitan los bosques? ¿Ya nadie habla del poder que poseo? ¿Ya nadie recuerda a la Lucempierium Luna?

Navika, sentado frente a la hoguera, solo miraba el fuego y callaba. Parecía hasta algo indiferente a lo que Beata le decía, hasta que decidido le dijo:

—Ellos piensan que estás muerta, después de que me encontraron en el bosque, me preguntaron por ti, querían verte... Así que para que no volvieran al bosque y te dejaran en paz les dije que habías muerto. Ellos pensaron que me volví loco y que quise vivir en el bosque como mendigo por esa razón. Creí que así te dejarían en

paz y así fue; por lo que veo, solo por un tiempo. Esa es la razón por la cual se adentraron al bosque, supe lo que hacían e intenté prevenirlos y cuando cambié la versión de la historia me creyeron más loco. Pensaron que te imaginaba viva, pensaban que eran los estragos de vivir en la soledad y alejado del pueblo. De verdad lo intenté, Beata. Yo ya no puedo ayudarte, no creerán si les digo la verdad, ya lo intenté.

Beata sabía que las intenciones de Navika habían sido buenas y lo que menos quería hacer era culparlo. Tenía fallas como cualquier humano pero era un humano muy diferente a los demás. Era espiritual y había cuidado de una manera hermosa esa parte del bosque. Era posible para los humanos vivir en armonía con la naturaleza. Sí, era posible después de todo, Navika lo había logrado. Se había despojado de todos sus bienes materiales para encontrar la paz interior viviendo en total libertad y en la naturaleza. Había aprendido bien a cuidar a los seres bajo sus pies y a los seres más gigantes del bosque.

Navika continuó:

—Pensé en adentrarme al bosque otra vez para advertirte de esto pero sé que no soy bienvenido, así que no pude hacer más que esperar. Algunas personas del pueblo eran mis amigos y aún les tengo cariño pero sé que lo que hacen está mal y solo podía sentir pena por ellos porque sé que en el momento que desates tu furia no podré ayudarlos.

Al escuchar esto Beata sintió un gran temor de sí misma, estas palabras la hicieron recordar lo que tenía que hacer, y eso era proteger al bosque a como diera lugar. Había miles de seres ahí que dependían solo de ella para subsistir. Era momento de que Beata hiciera la pregunta más temida:

—Navika, ¿qué van a hacer en el bosque?

Navika, con la voz entrecortada respondió:

—Hace tiempo que llegaron más habitantes al pueblo, entre ellos un gran grupo de cazadores, vienen de otro lejano lugar y escucharon que en este bosque había ejemplares de animales que no habían visto jamás, así como árboles inmensos con los que podrían construir decenas de naves. Gran parte del pueblo entró al bosque a abastecerse de todo esto, Beata. Están viajando a lo más profundo a cazar y a talar árboles.

A Beata no le sorprendió esta noticia, ella sabía de antemano las intenciones del hombre al irrumpir al bosque, aunque dentro de ella aún existía una pequeña esperanza de que esto fuera un error y de que ellos saldrían de ahí sin hacer daño a los seres que allí habitaban. No quería tener que usar su poder contra ellos pero al parecer no había otra opción. Navika pudo ver en el rostro de Beata el horror, sabía que pasaban ya por su mente todas esas escenas terroríficas de lo que vendría. Con una voz tranquila, le dijo:

—Beata... Haz lo que tengas que hacer, el bosque es lo más importante, ellos ya no aprenderán...

Beata había decidido lo que haría, así que sin decirle nada a Navika desplegó sus alas y se elevó al cielo. Navika solo pudo observarla alejarse, sentía una gran alegría de ver a ese mágico ser pero a la vez el miedo se incrustó en su corazón. Sabía que Beata era un ser de bondad y amor, él lo había visto, pero su naturaleza le tenía preparado algo diferente a lo que tal vez ella misma quería. Ya no estaba más en esa lucha en la que no se había despojado totalmente de su lado humano. Ya era una Luciempierium, por fin se había encontrado a ella misma en ese bosque y tenía que cumplir con su deber y tomar su lugar en este mundo. Navika no sabía lo que pasaría pero solo podía orar porque Beata estuviera bien y saliera victoriosa de la guerra que le esperaba, ella era la última luz que quedaba y se perdería más de lo que

cualquiera pudiera comprender el día que desapareciera del mundo.

Ella era tal vez la última Luciempierium. El mundo ya había sido creado. En el pasado estos seres ya habían hecho crecer la vida que conocemos ahora y por distintas razones poco a poco desaparecieron, el mundo seguiría sin ellos ahora. Ya todo crecía y vivía sin que ellos estuvieran, pero aún así, ese mundo mágico se estaba quedando cada vez más en el pasado, y la vida del hombre ya era común y cotidiana, ya menos niños conocían las historias de estos seres mágicos en la naturaleza; aquel mundo mágico e increíblemente maravilloso estaba desapareciendo. Y Navika lo amaba tanto desde que era pequeño que temía por Beata, temía que ella desapareciera como todos, que por fin el mundo perdiera a este maravilloso ser. Se quedó allí en silencio, esperando a que tomara la mejor decisión.

Beata sobrevoló el área donde acampaban y pudo darse cuenta de la magnitud del problema, había cerca de trescientos hombres, eran más de los que había imaginado. Esto era malo si realmente venían a hacer lo que había dicho Navika y bueno si después de lo que iba a hacer Beata ellos cambiaban a favor de la vida del bosque. Si Navika era un ser humano que aportaba a la vida del bosque, ellos también podían serlo.

Había visto una luz de esperanza para la raza humana en Navika. Siempre fue un niño sensible y respetuoso por su entorno y era una cualidad que aún conservaba, así que de entre tantos debía haber más como él. No confiaba en ellos pero la mayoría la conocían, la habían visto crecer y tenía la esperanza de que esto sirviera de algo. El miedo de mostrarse ante ellos la estaba consumiendo pero el amor y el deber eran más fuertes en su interior. Beata poco a poco descendió sobre el campamento de los hombres, bajó lento entre los pinos y cuando estaba cerca del suelo se detuvo en los brazos

de un gran árbol. Ellos escucharon sus aleteos y algunos por instinto levantaron sus armas hacia ella, pensando en que si era una gran ave podrían comer más. Al verla quedarse ahí en la gran rama de ese gigante, no podían dar crédito a lo que veían, enseguida bajaron sus armas y Beata se quedó inmóvil como si fuera un gran búho dorado, sus ojos se hicieron más grandes, y los hombres solo la miraban asombrados. Algunos no estaban seguros de qué era, otros pensaron que era un animal exótico y único como los que habían ido a buscar y otros pocos sabían que era una Luciempierium, la misma que un viejo del pueblo buscó toda su vida.

Los ojos de todos esos hombres estaban sobre ella, podía sentir su admiración y un miedo inmenso la consumía; quería hablar pero ninguna palabra salía de su boca, esos minutos fueron los más largos y duros. Ella, que había decidido alejarse de los humanos, tenía que enfrentarlos ahora y hacer que le temieran, que la respetaran, pero eran hombres, cazadores desde niños, despiadados seres de guerra. Y ella era solo un mágico ser con forma de mujer, una criatura con poderes, pero no con la maldad del hombre para hacer que le temieran. Ellos, que no le temían a nada, eran fríos asesinos que no dudaban en dispararle a nada; para ellos, matar era natural. Las miradas de esos hombres eran terribles, eran tristes pero una sonrisa en sus rostros los hacía verse perversos y llenos de malicia, esas miradas lascivas seguían evitando que Beata pudiera hacer o decir algo. Poco a poco comenzaron a darse cuenta de que ella no haría nada, no los lastimaría, y comenzaron a hablar entre ellos:

—¿Qué va hacer esta niña?

—Es un ser mágico, pensé que ya no quedaban más...

—¿Qué está haciendo ahí?

Otro gritó, a lo lejos:

—¿Viniste a vernos, lindura?

Seguido de risas a todo pulmón.

Beata sentía cómo su cuerpo temblaba cada vez más. Otro hombre se acercó al gran árbol y comenzó a golpearlo con su arma mientras gritaba:

—¡Yo te ayudaré a bajar, hermosura! ¡Quieras o no vas a bajar de ahí!

Beata sentía los fuertes golpes del rifle en la base del árbol y el miedo terminó de apoderarse de ella, sintió ganas de huir de ahí, pero su cuerpo no le respondía. Sentía tanto miedo que no podía actuar y solo veía caras de desprecio. Hasta que, de pronto, entre todas esas caras horrosas su vista se fijó en un rostro familiar, con unos ojos de tristeza y compasión que la miraban fijamente llenos de preocupación, era Navika que la observaba tras la gran masa de hombres escondidos entre los árboles. Beata no pudo retirar su vista de él como pidiéndole ayuda y mientras se miraban Navika, gesticulando con sus labios, le susurraba:

—Mírame, tú puedes...

En ese momento Beata respiró hondo y calló esas voces de odio que le hablaban y gritaban al unísono. Solo se concentró en esa única mirada de amor y de entre tanto odio encontró en él la fuerza y el valor que necesitaba para enfrentarlos. Beata extendió sus alas para verse más grande y ante esta acción los hombres callaron abruptamente. Aleteó dos veces y un fuerte viento que provino de sus alas los empujó hacia atrás. Algunos cayeron y otros más grandes pudieron mantenerse de pie pero dieron varios pasos hacia atrás. El silencio gobernó a aquellos hombres que, asustados, dirigieron su completa atención hacia ella. Sin risas, sin burlas, dispuestos a saber qué intención tenía al estar ahí inmóvil sobre ese árbol. Beata al verlos cambiar su ánimo tan repentinamente supo que esa acción había

hecho que callaran y abrieran sus oídos; era el momento de hablar, aunque tenía miedo debía hacerlo. Beata tomó aire para hablar y desde su primera palabra todos escucharon atentos sin interrupción alguna. Estaban tan impactados de ver a una criatura tan increíble frente a ellos que morían de ganas de saber lo que diría:

—Algunos saben quién soy porque yo pertenezco a este mundo humano al que ustedes pertenecen. Una familia humana me sacó de este Bosque del Aullido para criarme. Esto no funcionó porque no soy un ser humano; soy, tal vez, la última sobreviviente de una raza antigua de seres que crearon estos bosques tal y como los conocemos hoy. Los hombres nos pusieron por nombre Luciempierium o, como siempre me llamaron, «niña mágica»; y, como el nombre lo dice, poseo una gran cantidad de poder de creación y también de destrucción. Su raza ha acabado con tantas especies a lo largo de su llegada a este mundo incluida la mía, que esto es algo que debe parar. Vine a presentarme hoy ante ustedes porque por primera vez en mucho tiempo han profanado la paz de este lugar. Este bosque fue dañado en gran magnitud en el pasado y apenas se está recuperando. Algunos, tal vez, en más de una ocasión se han preguntado: ¿Por qué se llama el Bosque del Aullido si no hay lobos? Y esa es su respuesta si se preguntan qué tanto ha sufrido este lugar. Este bosque en el pasado era hogar de esta magnífica especie que ha desaparecido por completo gracias al hombre, eran tantos lobos en este bosque que por eso se le llamaba así. Por las noches, el bosque entero se convertía en un gran aullido, cantaban juntos y al unísono. Esto atemorizaba al hombre y por eso se deshicieron de ellos. Si encuentran algo diferente o atemorizante lo destruyen, es su naturaleza. Así que solo hablaré esta vez con su raza, ningún ser de mi naturaleza lo había hecho antes y es por eso que hoy lo hago yo, no permitiré que den un paso más

a las entrañas del bosque. Amé a los humanos porque fui alguna vez parte de ellos, así que, con el corazón en la mano, les pido que se retiren de mi hogar.

El silencio era ensordecedor, los hombres se miraban entre ellos ante tal advertencia, ella lucía temerosa y, aunque sus palabras contenían gran fuerza, su lenguaje corporal era totalmente otro, su voz temblaba un poco y ellos podían ver que aún era muy joven para hacer valer sus palabras. Al término de su aviso, Beata abrió sus alas y se elevó, sobrevoló los campamentos, voló más bajo esta vez y se dirigió rumbo al pueblo. Cada aleteo hacía que los árboles, con un crujido, empezaran a hacerse a un lado. Se movían lento pero se podía ver cómo sus raíces salían de la tierra y se estiraban a los lados, haciendo tronar sus ramas y abriendo un gran sendero en medio del bosque. Beata había hecho un camino abierto hacia el pueblo para que ellos regresaran. Los hombres no podían creer lo que estaban viendo sus ojos. Los árboles hicieron temblar la tierra con tal fuerza que pudieron comprobar una vez más el gran poder de Beata. Así ella se alejó de ahí aterrada y con el corazón latiendo tanto que casi se salía de su pecho, voló alto y regresó cerca del río; ya solo le quedaba esperar. Beata conocía las intenciones de los hombres y esperaba que ellos tomaran la decisión de volver, que algo de lo que había dicho los hiciera entrar en razón.

La noche llegó y el bosque se sentía totalmente en calma, la luna brillaba hermosamente, Beata la observaba recostada en un árbol cerca del río, sentía tanta paz que quería quedarse así un largo tiempo, la brisa era fresca y las estrellas se reflejaban sobre sus aguas oscuras. Sentía una paz inmensa y quería que todas las noches fueran como esta, aunque se sentía liberada y en paz sabía que tenía que estar alerta porque no estaba del todo segura de si los hombres habían vuelto ya al pueblo. Al mirar la luna tan bella y brillante no pudo evitar recordar a la abuela. Poco



a poco y sumida en esos bellos recuerdos, Beata comenzó a quedarse dormida. De pronto, un fuerte estruendo la sacudió, algo movía el árbol donde descansaba y la hizo despertar abruptamente. Bajo ella se encontraba un hombre cubierto totalmente en sus ropas harapientas. En la oscuridad pudo darse cuenta de que era Navika quien intentaba despertarla. Beata bajó rápidamente del árbol y pudo ver en sus ojos el miedo. Antes de que ella pudiera preguntar, Navika asustado y cansado le dijo:

—Beata, te he seguido hasta aquí porque algo sucedió... Tardé en encontrarte pero al llegar la noche fue más fácil ya que la luna me guiaba con su brillo y con una tenue luz roja. Beata..., los hombres ignoraron por completo tu aviso. Yo jamás imaginé que hablarías con ellos, pensé que desatarías tu furia, pero no lo hiciste, les diste una oportunidad y la han desaprovechado. Todo el día se dedicaron a cazar ciervos y a talar árboles desenfrenadamente; me quedé a observar todo, por eso vine a buscarte. Sabían que el poco tiempo que tuvieran en el bosque tenía que ser aprovechado y no se fueron. Se pusieron a hacer por fin lo que venían a hacer aquí. ¡Beata!, ellos vieron debilidad en ti... No creen que puedas dañarlos y no te temen. Los escuché decir que quieren cazarte como a los ciervos y esclavizarte. Por eso estoy aquí, tenemos que irnos... Si me dejas, yo te defenderé, pero tenemos que huir de aquí, Beata, son despiadados y sádicos, no le temen a nada ni a nadie.

Beata, al escuchar esto, quedó totalmente paralizada. El miedo comenzaba a llenar su corazón; ver a Navika realmente asustado y pidiéndole que huyeran, la puso a temblar. Y el miedo más grande no era por el hombre que quería asesinarla, era por ella misma, porque ya no había vuelta atrás y tenía que hacer algo para lo que ella no estaba destinada. Una acción tan baja y terrible que solo el hombre era feliz haciéndola. Estaba viéndose forzada

a destruir vidas gracias a los humanos. Las palabras de Navika rebotaban dentro de ella haciendo un eco que se perdía en lo más profundo de su alma. Él solo la miraba esperando una respuesta, un indicio. Ella sabía que Navika no quería la guerra, él no quería ver al pueblo morir y mucho menos a Beata, no deseaba una confrontación de este tipo. Toda su vida escuchó historias y nunca le tuvo miedo a Luna por lo que hizo, pero esto ya no era una historia; por primera vez en su vida temía que se repitiera. Y esos eran sentimientos muy humanos y respetables, pero Beata no era humana y Navika solo contemplaba la vida de los hombres y la de Beata, pero no podía ver el daño que se había hecho, no podía ver lo que el bosque estaba sufriendo ya, él en su forma humana trataba de arreglar las cosas, pero para Beata huir no arreglaba nada. Huir no era algo que ella pudiera hacer porque, aunque huyera, una parte de ella se iba a quedar ahí a ser destruida y a gritar en agonía. Eso era algo que Navika jamás podría entender. El bosque estaba vivo y pedía ayuda, nadie podía escucharlo más que Beata. Supo que el momento había llegado y huir no era una opción. Beata desplegó sus alas y el color de su brillo, de ser relajado y blanco, cambió por un intenso dorado. Navika jamás había visto que ella cambiara tan abruptamente y, encandilado con tanta luz que emitía su cuerpo, se vio obligado a cerrar los ojos. Al abrirlos, ella ya no estaba, solo pudo quedarse en ese lugar a esperar. Beata voló a gran velocidad hasta la parte donde estaban los hombres. El bosque lucía en calma hasta que a lo lejos pudo observar que se acercaba a una zona iluminada, ese era el lugar hasta donde habían avanzado; sentía miedo de llegar al lugar y perder el control pero trataba de estar tranquila y serena.

Al acercarse más pudo observar la tala de árboles que Navika le había advertido. Habían talado tantos que se podía notar el camino que habían dejado atrás, un

camino desolado y gris, solo la tierra removida y raíces sangrantes por doquier. Beata pudo sentir cómo el aire se había tornado caliente y turbio en esa zona, pero además de los árboles tenía que ver qué más habían hecho. Al descender al lugar aterrizó sobre la copa de un gran pino, sujetándose con fuerza con sus pies como halcón, desde ahí pudo ver mejor lo que estaba aconteciendo en el lugar. Todos sus miedos hacia el hombre tomaron forma física ahora más que nunca, todo lo que había imaginado y escuchado que podían hacer estaba frente a sus ojos, la terrible y cruda verdad de la humanidad. Por el suelo de su bosque corrían ríos rojos y oscuros de sangre; vísceras y partes de animales estaban tiradas por todo el lugar. Pielas de zorros, conejos y venados estaban colgadas en varas de árbol. Como si fueran ropas que secaban al calor de una gran fogata, estaban amarrados zorros asustados a un árbol, con sus corazones latiendo a duras penas, intentando seguir con vida. Ya no había nada que rescatar en ese lugar, a esas pobres criaturas las habían despojado de sus pieles y la muerte se había convertido en el más grande anhelo. El sufrimiento de estos animales despertó en Beata algo que había estado dormido mucho tiempo.

## CAPÍTULO IX

### El final

El miedo de Beata había desaparecido, como si hubiera estado escondido dentro de esos animales mutilados y, al ser abiertos por las manos humanas, salió de ellos para siempre. Beata descendió del pino en un vuelo lento; poco a poco, bajó desde las alturas sin miedo alguno, tomándose el tiempo para hacerlo y, al poner sus pies sobre la tierra, los animales destruidos y aún con vida la miraron aparecer. En ese momento, el calor de los ojos de Beata los hizo dormir, cayeron instantáneamente en el sueño eterno que tanto anhelaban, como si su calor los hubiera invadido entrando por sus venas y parando su corazón. Los hombres la miraron caminar entre los cuerpos y reinó de pronto la tranquilidad, el silencio se hizo presente en el lugar, ya no se escuchaba ningún lamento, los animales que habían torturado habían muerto, todos habían descansado por fin con la llegada de Beata. Los hombres dejaron sus tareas de lado porque tenían que verla más de cerca, jamás habían visto a la Luciempierium y su curiosidad los llevó a ella, cautelosos y manteniendo su distancia; sabían que era un ser peligroso y que podía atacarlos en cualquier momento. Tomaron sus armas y estaban a la expectativa y a la vez llenos de emoción por ver a este maravilloso ser. Su belleza era increíble y el brillo que emitía su cuerpo los tenía totalmente hipnotizados, sus alas se arrastraban en el suelo ensangrentado, eran tan grandes y extrañas para el hombre, no estaban forradas en plumas sino en escamas doradas, brillaban tanto y lucían tan prehistóricas que no podían evitar admirar a semejante ser extraordinario, era majestuoso ver a este animal con forma femenina pero que a la vez aterraba con su aspecto demoniaco; no sabían si

admirarla o temerle, era bella dentro de toda su extrañez, un espécimen único, considerado por algunos como una obra de arte. Pronto Beata se vio acorralada por decenas de grandes hombres, grandes cazadores, grandes mentes del arte de matar; todos valientes y fuertes, no le temían y ella se daba cuenta de eso, no temían acercarse a ella ni intentar tocarla; el hombre siempre se ha sentido atraído por el fuego, la luna y todo lo que emita luz; cuántos poemas no se le han escrito a la luna. Son seres que adoran lo desconocido y lo brillante, pero esa misma adoración los hace convertirse en monstruos que lo devoran todo.

Ella lucía tan pequeña entre estos gigantes pero su presencia ya no le molestaba. Sabía que estaban ahí observándola y hablando de ella, apuntando y deseando tenerla, pero ella ya no podía escucharlos. Su ira había invadido su ser y ya no había cabida ni oídos para esas voces, todo lo que podía oír ahora era el llanto del bosque, su vista y atención estaba en los ríos de sangre que pronto invadieron sus pies, sentía cómo corría el líquido rojo proveniente de los corazones de tantas de sus criaturas inocentes. Y esa sangre lucía exactamente igual a la humana. Recordó su niñez, cuando Navika se pinchó el dedo para hacer un pacto de sangre, su sangre era igual de roja que la que corría por sus pies y manchaba su piel, pero cuando pinchó su dedo nada provino de él, su piel se perforó pero ninguna gota brotó. Beata sabía que dentro de ella solo había luz, sentía que era más parecida a las estrellas que a algo que naciera en este mundo. No compartía esa conexión de sangre que tenían los animales y los humanos, y aun así estaba aquí para protegerlos, pero nunca olvidó ese brillante color rojo y la facilidad con la que brotaba de su cuerpo. Humanos y animales estaban hechos de la misma sangre y tal vez esto les daba la facilidad de hacerla brotar, de sacarla del otro hasta hacerlo fallecer. ¿Qué había en sus mentes que los forzaba a devorar así

al vecino de vida, sin necesitarlo? Sabía el dolor que provocaba hacerla brotar y ellos parecían olvidar el dolor del otro. ¿Por qué los humanos estaban tan desconectados de todo? ¿Por qué todo era una línea continua, un hilo fuerte y unido en el mundo menos ellos?

Poco a poco se acercaban más a ella. Solo esperaban el momento preciso para dispararle o para atraparla con las mismas redes que habían atrapado a los zorros y venados esa tarde. El entorno era totalmente rojo; las fogatas, la sangre, hasta los hombres estaban teñidos de rojo por el trabajo sangriento que habían desempeñado. Beata solo podía observar todo lo que había a su alrededor y su tierra se sentía tan caliente que podía sentirla vibrando bajo sus pies. El dolor que provenía de la tierra, de los árboles y de los animales muertos, estaba entrando en ella, la invadía rápidamente como un virus que se extendía por todo su ser; podía escuchar, entre los árboles, lamentos y gritos. El eco de todo lo que había sucedido en ese lugar seguía ahí y retumbaba por cada rincón.

Al percatarse de la presencia de los hombres pudo ver en sus rostros que no había remordimiento alguno, no había dolor, no había nada; solo satisfacción de haber desatado todos sus instintos destructivos y de estar satisfechos con lo que habían hecho. Ellos no podían ver ni sentir lo que Beata sentía ya que el mundo entero para ellos eran cosas creadas solo y exclusivamente para su servicio y podían disponer de ellas como mejor les pareciera. Ese era el más grande defecto humano y era algo que no cambiaría, tampoco cambiaría el mundo si los destruía pero, para ese momento, el asco, la repulsión y el odio hacia los seres humanos se había apoderado de Beata. El dolor de esos seres que habían muerto por manos humanas se había impregnado en ella, y sentía cómo gritaban desde su interior, cada vez se hacía más fuerte aquel ruido hasta que no pudo aguantarlo más.

Beata dirigió su mirada llena de ira a las llamas: eran hipnotizantes y algo en su danzar la hacían sentirse bien.

De repente, las fogatas se tornaron más intensas, más altas y grandes; el fuego comenzó a crecer, se desbordaba; los hombres lo notaron y trataron de apagarlo pisándolo y vertiendo agua sobre él, pero todo era inútil porque con cada intento las llamas crecían aún más, era como si el agua alimentara al fuego y lo hiciera más fuerte, y la sangre en el suelo guiaba hasta las pieles colgadas en los árboles. El pánico comenzó a extenderse. Los hombres se estaban dando por vencidos, nada de lo que hicieran iba a apagarlas, ellos gritaban pidiendo más agua. Sabían que este comportamiento del fuego se debía a aquel ser, así que algunos de ellos tomaron sus armas y abrieron fuego en su contra. Ella abrió sus alas y cubrió su cuerpo con ellas en forma de un gran capullo para protegerse. Las balas rebotaban una tras otra, pero ellos no se daban por vencidos y seguían disparándole. Tenían que matarla, tenían que acabar con ella. Habían estado esperando el momento preciso para destruirla o atraparla pero habían tardado demasiado y ella les había ganado. Sabían que habían cometido un error y se habían confiado, sintieron que ella había usado su bella y singular extrañeza para atontarlos y distraerlos. Ellos solo se quedaron ahí estáticos sin hacer nada mientras ella concebía su maléfico plan de quemarlos vivos a todos, pero aunque sus alas eran fuertes y habían resistido gran parte del ataque, una de sus municiones logró alcanzar a una de ellas. Beata emprendió el vuelo a lo alto y se posó con dolor sobre la copa de un pino. Su ala se había perforado y el dolor era intenso, aunque no brotaba sangre podía sentir que perdía fuerza. Desde arriba pudo ver cómo el pánico se había apoderado de los hombres, todos corrían como pequeñas hormigas de un lado a otro acarreando agua en baldes de madera, buscaban refugio, buscaban la

salida. Por fin pudo escucharlos, con gritos desgarradores, pedir ayuda, lloraban y gritaban, algunos ya no se movían del suelo y por primera vez Beata no sintió lástima por ellos, no sintió ningún tipo de remordimiento al verlos arder.

Pronto el lugar donde habían torturado al bosque se había convertido en su propia cámara de tortura; el fuego se había expandido por todo el lugar con rapidez y ya se podían ver algunos hombres corriendo prendidos en fuego. Se habían quedado atrapados en su propia trampa, no podían salir de ese infierno que ellos habían creado; el fuego que ellos mismos encendieron los mataba lentamente. Beata solo había avivado las llamas de sus fogones; le había dado pensamiento propio y la capacidad de crecer más rápidamente a ese demonio que es el fuego creado por el hombre. Rápido esa escena se convirtió en un verdadero espectáculo para Beata. Solo pudo quedarse ahí arriba como espectadora. Contempló el fuego sin nada más en su cabeza que la imagen de la belleza de sus llamas; sin pensar nada, sin sentir nada, solo contemplando su destructiva y seductora belleza. Le había entregado todo al fuego esa noche como si fuera un ritual. Ante aquel demonio, pagaban todos por igual. Ahora él solo se alimentaba de ellos y ella no era quién para quitarle su alimento y sus ganas de devorarlo todo. Solo quería seguir ahí, admirándolo y respetando cada decisión que tomara, y verlo escoger al siguiente en ser devorado por sus llamas. En la oscuridad del bosque brillaba el fuego como un sol. Beata jamás lo había visto consumir todo a su paso y, aunque ella lo había hecho extenderse así, le parecía algo hermoso; el calor que emitía era estrujante y ahí podía sentirse el poder de aquel demonio infernal. El elemento más terrible de todos sin ninguna duda era el fuego; las llamas parecían danzar frenéticamente llenas de felicidad y de vida, escalaban cada pino cerca



del lugar hasta la punta; su movimiento eran hipnotizante y perfecto. Pronto el silencio se apoderó de todo, ya no se movía nada bajo ella que no fueran las llamas. Solo se escuchaba el crujir de los árboles y el canto del fuego que llevaba el viento hasta el cielo, se elevaban pequeñas estrellas flotando hasta desaparecer en la oscuridad, era hermoso verlas volar hasta perderse en la oscuridad. De pronto Beata tomó conciencia de lo que estaba sucediendo, como si acabara de despertar de un intenso trance en el que estaba y pudo ver más claramente que todo ardía en llamas, antes era como un sueño y ahora podía verlo más como una devastadora realidad frente a ella. De un momento a otro, se vio envuelta en llamas también. El fuego la acariciaba y le brindaba tanta paz que no había notado que el bosque ardía y se extendía con rapidez, todo a su alrededor se consumía, las aves volaban y se alejaban en gigantescas parvadas. Al reaccionar, voló alto y se dio cuenta de que el bosque, casi en su totalidad, estaba ardiendo; la luna se había tornado roja y podía notar que pronto saldría el sol; no se había dado cuenta del paso del tiempo. Hasta ese momento pudo percatarse de que su bosque se estaba consumiendo totalmente por las llamas. Pudo observar a la gente del pueblo huir también. En carretas, caballos y a pie, corrían asustados y gritaban por ayuda. Se alejaban rápidamente del lugar y del otro lado del bosque pudo ver cómo los animales buscaban refugio y se alejaban sin mirar atrás. Beata intentó aplacar el fuego y hacerlo disminuir pero nada sucedía. Había pensado que podía obligarlo a hacer lo que ella quisiera; aunque no lo había hecho antes, sabía que era un elemento de la Tierra y podría controlarlo. Al ver que el fuego había tomado su curso y que no se detendría hasta consumirlo todo, Beata voló hasta el río, lugar donde Navika se había quedado. Todo ardía en ese lugar también. El agua burbujaba intensamente. Buscó por lo alto a Navika y no

pudo verlo por ningún sitio, pensó que tal vez también había huido de las llamas. Beata comenzó a pensar en la razón por la que el fuego no le obedecía. Las llamas habían sido creadas por el hombre y llegó a pensar que tal vez a eso se debía, parte de la maldad de sus creadores se había apoderado de ellas, el fuego estaba vivo y no quería apagarse, su hambre voraz estaba acabando con todo y no planeaba detenerse pronto. Beata no sabía qué hacer, se sentía inútil e impotente ante tal acontecimiento. Todo lo que había amado estaba desapareciendo frente a sus ojos; su bosque se había convertido en un infierno. Ella había avivado las llamas y ahora sabía que todo esto era por ella, podía escuchar en las mismas llamas las risas de los hombres muertos, como si vinieran de la muerte a reírse de ella, la torturaban y le daban las gracias porque el propósito de venir al bosque a destruirlo todo se estaba logrando. Había destruido, sin darse cuenta, hasta lo que había ido a proteger del hombre; la culpa y la tristeza la invadían. «¿Acaso me convertí en un monstruo peor que el hombre? Me dejé llevar por unos instintos destructivos que no sabía que tenía. ¿Cómo pudo pasarme esto?», tantas preguntas llegaron a Beata mientras sobrevolaba el bosque en llamas. El sol ya había salido pero aún reinaba la oscuridad, el humo había teñido de negro el cielo; había sido una noche sin luna ni estrellas, solo oscuridad y un sol ardiente que consumía lo poco que quedaba ya del Bosque del Aullido. Beata estaba tan aturdida, confundida y adolorida que decidió descender al bosque, su ala herida ya no podía sostenerla más. Las llamas no la dañarían así que caminó entre las ellas para ver cómo ardía todo, esperando consumirse ella también junto con su hogar; era abrumador para ella ver cómo todo moría. Se detuvo ahí y se dio cuenta de que, aunque pudiera detener el incendio, ya era tarde para salvar algo de su bosque, con la mente más despejada y el corazón más tranquilo pudo pensar

en intentar algo más, miró cómo las llamas devoraban el agua que los hombres le ofrecían y esta misma agua hacía crecer inexplicablemente más las llamas pero solo podían ocurrir dos cosas: que se aplacara el incendio o se extendiera más, así que tuvo que arriesgarse. Miró hacia el cielo; hizo caer fuerte la lluvia sobre el bosque pero el incendio había tomado tanta fuerza que no lo apagó.

Beata se quedó ahí, en el bosque, esperando consumirse por el fuego también. El tiempo transcurrió y perdió el conocimiento. Sin darse cuenta, cayó sumida en un profundo sueño. Al despertar, el bosque se había apagado, todo era blanco, el suelo estaba cubierto de ceniza y era un paisaje sombrío y gris, pensó estar en un extraño sueño ya que jamás había visto al fuego actuar y mucho menos sabía lo que ocurría cuando este se apagaba. El viento era caliente y soplaba con fuerza; los árboles se habían convertido en carbón negro y la mayoría de ellos aún estaban de pie y otros ardían sin mucha fuerza, en vez de hojas en sus copas tenían fuego que seguía danzando al viento. Las aves sobrevolaban sus hogares y se elevaban nuevamente en busca de un lugar nuevo donde posarse. Beata estaba totalmente abatida y seguía sin creer lo que había sucedido, miró su cuerpo y se dio cuenta de que no se había vuelto ceniza también como ella esperaba, no se había consumido por el fuego junto con el bosque por alguna extraña razón. Estaba sumergida en una inmensa agonía, había ocurrido lo que más temía, su poder siempre había sido su miedo más grande, el hecho de no poder controlarlo, y lo más terrible había sucedido. Había destruido el bosque que había jurado proteger del hombre. Había actuado instintivamente, había dejado de lado su paz y se había entregado a la pasión y al odio y todo había salido mal. En algún momento se perdió el rumbo en el que se dirigía todo y fue imposible hacerlo volver al plan inicial de su misión; si bien había acabado con

los hombres, el fuego no obedece a nadie y solo permite ayuda si es para avivarlo, pero jamás se dejará apagar, es un elemento que siempre se aferra a vivir.

Todo había terminado y el bosque era por completo ceniza. Beata se quedó ahí lamentándose por lo que había pasado, sin darse cuenta de lo que estaba ya sucediendo a su alrededor. Voló alto y pudo ver que el pueblo estaba abandonado, las llamas se habían extendido hasta allá también la noche anterior y los habitantes del pueblo se habían ido para no volver, movidos por el miedo, porque sabían que Beata había desatado su furia. Ella sintió alivio al verlos irse porque ya no harían más daño, si es que aún quedaba algo con vida; aunque ya todo estaba destruido algunas especies aún seguían buscando dónde subsistir en este desierto de ceniza que alguna vez llamaron hogar. Beata siguió caminando por el bosque y cada paso la hacía sentirse más decepcionada de ella misma y seguía sumiéndose en un intenso dolor y tristeza. Sus lágrimas caían sobre la tierra y hacían crecer pequeños brotes verdes. Ella sabía que podía hacer que el bosque creciera de nuevo pero no sentía fuerzas de hacerlo, su cuerpo estaba muy débil. Rápidamente recordó a Navika y tuvo el presentimiento de que él estaba aún con vida en algún lugar. Al intentar emprender el vuelo e ir al río a buscarlo se dio cuenta de que no podía hacerlo, su ala estaba débil por la bala que la había atravesado y tampoco estaba segura de si Navika había logrado escapar; aun así, sentía que era su deber buscarlo y ayudarlo. Como no podía volar, caminó durante tres días sin encontrarlo, y en cada paso que daba en el suelo de entre las cenizas salía un pequeño brote. Para entonces Beata estaba débil y, por más que quería recuperarlo, su poder se había esfumado; las noches eran oscuras y su brillo era muy tenue, pero ella seguía en camino al encuentro con Navika.

Pensamientos oscuros pasaron por su mente, cada paso la hacía sentirse más cerca de la muerte, lo podía notar en que su brillo ya no era el mismo. Pronto su urgencia se transformó en una búsqueda de ayuda, ella confiaba en él y sabía que no la dejaría morir, era el único ser humano capaz de ayudarla a sanar; en Navika encontraba paz y protección, ese humano era el único que podía tener una reacción positiva en ella y el amor que le tenía le daba fortaleza; no podía amarlo de la misma manera pero lo entendía porque sentía esa misma devoción y amor hacia el bosque, y que alguien te adore así, incondicionalmente, te da fuerza de seguir. El bosque estaba débil al igual que ella y tenía que hacerlo florecer otra vez o nada habría valido la pena, pero estaba sola ahora; no había nada más que el camino desolado de ceniza frente a ella. Por primera vez en mucho tiempo sintió que necesitaba de esa ayuda, sola no lo lograría jamás. El cansancio y el dolor eran tales que ya había agotado sus últimas fuerzas, estaba desecha por dentro y por fuera, estaba débil y sus piernas se doblaban al caminar, un paso mal dado la hizo caer al suelo vencida, sus ojos se cerraron y perdió el conocimiento sumida por completo en un agonizante sueño. De pronto, despertó y las aves cantaban felices y los árboles eran verdes y frondosos como en la primavera, el sol brillaba alto y mariposas de colores revoloteaban a su alrededor; sus alas estaban bien y ya sentía ganas de volar, el cansancio y el dolor habían desaparecido. El cielo, aunque era de día, estaba estrellado y la estrella más grande era la del pez rojo, era más grande que las demás y roja como la sangre. No entendía qué había pasado pero todo era calma ahora; se levantó y comenzó a caminar hacia una zona del bosque más oscura y más callada. Al entrar notó una luz que se alejaba entre los pinos con gran rapidez, era una luz dorada y brillante como el sol que se internaba más y más en el bosque. Beata jamás había visto

algo así que no fuera su reflejo en el río, así que la siguió, corrió tras ella saltando la maleza y algunos grandes troncos caídos, así como las raíces de los grandes árboles que ahí habitaban, pero no podía alcanzar esa brillante luz que seguía alejándose. De pronto, dio un salto a un pequeño riachuelo y ahí estaba la luz que seguía frente a ella, detenida también sobre el agua.

Se trataba de un hermoso venado blanco con ojos dorados como los de ella, era un animal grande y de su nariz salía vapor caliente con cada respiración. Beata estaba tan sorprendida al ver a este mágico ser porque brillaba como el sol al igual que ella y sus ojos eran tan grandes y dorados que la llenaban de una paz inmensa. El venado se quedó estático y ella también, solo se miraron detenidamente uno al otro. Beata dio un paso al frente y el venado también; cada paso que ella daba lo imitaba el venado, cada movimiento que ella hacía era repetido por él como un espejo. Ella siguió acercándose al hermoso animal; tanto que pronto estaban a algunos centímetros de distancia, pero los ojos del animal eran tan adictivos de mirar y maravillosos que estaba hundida en una paz tan sublime, una paz en la que nada más importaba, había sufrido tanto, había tenido tanto dolor y miedo que estar frente a esos ojos la hicieron sentir que estaba en otro lugar, que podían llevarla a donde nacen las estrellas, a un lugar donde no importaba su propia presencia, su pasado o futuro, nada. Había fuego en sus ojos y electricidad, cosas sublimes que hacen daño pero su belleza es tal que estaba hipnotizada con su hermosura y quería quedarse detenida en el tiempo para siempre. Sentía que podía dar un paso más a ese espejo y sumergirse en él, estaba al filo de unirse a ese bello animal y entrar por completo a esa paz que le ofrecían esos ojos y sabía que al dar ese último paso todo iba a estar así como estaba para siempre, ya no habría dolor ni

decisiones qué tomar, solo la felicidad eterna. Decidida a dar ese último paso, antes de levantar su pie derecho del verde suelo escuchó una voz tras ella que la llamaba por su nombre: «Beata...» escuchó en eco y al girar su cabeza lentamente sintió que el cielo estrellado caía sobre ella, llovieron las estrellas y la oscuridad reinó sobre todo. De repente, Beata despertó.

Al abrir sus ojos pudo ver que el bosque seguía teñido de gris, todo era ventiscas fuertes levantando la ceniza del suelo, a su lado estaba un hombre cubierto de ellas ofreciéndole agua del río con sus manos, era Navika que había logrado sobrevivir el incendio y la había encontrado. «Sin duda, él es un ser humano excepcional», pensó Beata mientras bebía de su mano. Navika lucía cansado y sus ojos, enrojecidos, pero su sonrisa característica estaba presente al momento en que ella despertó. Beata le preguntó:

—¿Cómo es que sobreviviste al incendio?

Navika, con una gran sonrisa, le contestó:

—Solo pensé que algo que ya había sido consumido por el fuego no volvería a incendiarse y me quedé en esas zonas, lo demás no tiene explicación... Sobreviví por alguna razón y creo que era para encontrarte otra vez. Te pondrás bien y ayudarás a nuestro hogar a volver a ser lo que era, la gente del pueblo se fue, el bosque está a salvo por fin, te vas a recuperar y todo volverá a ser como antes.

Beata escuchó sus palabras y sintió esa tranquilidad en su voz que siempre la había reconfortado. Ahora se sentía un poco más feliz. Por primera vez, sintió que de entre todo el horror algo seguía bien, Navika era un ser humano que amaba y cuidaba el bosque y por eso era un ser invaluable, no se había perdido todo, él estaba aquí. Ya no era tan joven pero sabía que si el bosque no iba a recuperarse en su totalidad por sí solo, este hombre lo ayudaría en caso de que ella no pudiera seguir aquí. Se

había perdido tanto y ella era la única que podía ayudarlo por ahora, pero confiaba en Navika más que en nadie.

Beata logró sentarse en el suelo con la ayuda de Navika y le dijo:

—Navika..., el bosque está muy débil al igual que yo. Los hombres lograron herirme y todo lo que ocurrió aquí lo provoqué yo... En mi desesperación por salvar lo que amo terminé destruyéndolo...

Navika, apresurado y enojado, exclamó:

—¡No! Nada de esto fue tu culpa. Ellos estaban acabando con todo por dinero y egoísmo, los alejaste y destruiste con el fuego, la justicia siempre ha sido una mano dura, Beata.

Aunque entendía cómo eran las cosas en el mundo de los humanos, para ella, la destrucción no era una opción y por eso se había dejado llevar por el odio y el desprecio hacia los hombres, el precio a pagar había sido demasiado alto.

Y ahora la vida del bosque pendía de un hilo, miles de especies podían desaparecer con él. Había hecho lo contrario de su razón de existir y ahora no podía irse y dejarlo todo así, pero su cuerpo estaba herido y carente de fuerza y su espíritu tan quebrantado que no podía seguir, no podía avanzar, cada respiración le dolía y lo que el bosque sentía ella también. Todo lo que estaba destruido o herido a su alrededor era parte de ella y poco a poco estaba acabando con ella también, su cansancio y debilidad era la del bosque, eran uno y juntos morían lentamente. Navika estaba muy confundido y no sabía qué ocurría con Beata, su ala estaba herida pero eso era algo mínimo; estaba muriendo, se estaba apagando su luz frente a él y no podía hacer nada para ayudarla. El futuro era incierto y todo a su alrededor era caos total, no había un pueblo, no había comida, no había nada. Estaban totalmente solos y Navika solo podía permanecer a su lado, hablándole y



tratando de hacerla sentir mejor. Él estaba bien y no podía permitir que el pánico se apoderara de él, pero eso no hacía que dejara de sentir un inmenso miedo de perder a Beata esta vez para siempre y de estar en ese lugar donde no quedaba nada, ese lugar al que había llamado hogar estaba destruido y Beata moría en sus brazos; si esto no era el fin del mundo se le parecía lo suficiente como para saber que estaba muy cerca.

## CAPÍTULO X

# Vida

El cuarto día transcurrió lento pero por fin comenzó a caer la noche y esto hizo que el calor tan intenso y cruel que se sentía se aplacara un poco y les diera un leve descanso de su pesadilla. Navika, al notar que Beata estaba profundamente dormida, la dejó sola para ir al río a llenar su cantimplora de agua, no quería dejar que la sed hiciera estragos en él, no era momento para tener visiones, el calor era intenso y no había comido nada, al menos tenía que beber agua para poder seguir cuidando de Beata. Caminó lento hasta el río que se encontraba muy cerca de ellos para refrescarse un poco, se sentía muy mareado aún por todo el humo que había respirado durante el incendio y sabía que tenía que estar bien para Beata, no podía enfermarse en ese momento.

Al llegar al río y al agacharse a tomar agua se dio cuenta de que poco a poco los peces comenzaban a flotar muertos, sus branquias se habían obstruido por las cenizas. Esto hizo a Navika apreciar la gravedad del problema, la muerte avanzaba y se extendía a todo y ellos solo estaban ahí sin hacer nada al respecto. Beata tenía que hacer algo de inmediato, sabía que ella estaba débil pero no era momento de dormir. Navika corrió a donde había dejado a Beata mientras ella aún dormía vencida por el dolor, así que la despertó con movimientos bruscos, sacudiéndola y gritándole, dándole palmadas en la cara. Sabía que su vida pendía de un hilo y con ella la vida del bosque. Si él dejaba que murieran nada habría valido la pena, no podía permitir que esto terminara así. Beata logró abrir los ojos. Navika la levantó del suelo poniendo el brazo detrás de su cabeza para hacerla caminar, pero Beata ya no podía

ponerse de pie, su piel era igual de blanca pero su brillo se había ido por completo; en un intento desesperado de salvarla, Navika la cargó en brazos y corrió hacia el río, tenía que mostrarle lo que estaba sucediendo; pensó que tal vez si ella miraba esto sacaría fuerza en ella para luchar. Navika iba lento pues el cansancio era tal que no le permitía moverse con rapidez, la falta de comida ya lo estaba afectando pero no podía dejarse vencer. Al llegar al río, bajó a Beata al suelo e intentó despertarla nuevamente agitándola y hablándole:

—¡Beata, despierta! Tienes que ver lo que está ocurriendo con el bosque, los peces están muriendo... Beata, tienes que verlos, tienes que ayudarlos...

Beata podía escucharlo pero ya no tenía fuerza para abrir los ojos. Navika lo intentó tanto sin resultados que su frustración lo llevó al llanto. Todo se veía perdido y era tan sombrío el futuro que no podía soportarlo más. Después de innumerables intentos, Beata por fin abrió los ojos y pudo ver a los peces flotando sin vida. Esto hizo que corriera una lágrima de su mejilla y los cerrara de nuevo, Navika rápidamente le habló:

—Beata..., tienes que ser fuerte, eres el ser más poderoso e importante que existe y que pude conocer... Sé que dentro de ti está el poder de hacer que todo viva, que el bosque vuelva a ser lo que era y tú también. Tienes que hacer un último esfuerzo, te lo pido...

Beata estaba entre sus brazos y Navika le pedía desesperado que usara su poder, pero ella ya no era capaz de moverse. Sus ojos permanecían cerrados y sus labios no decían nada y Navika solo se quedó ahí con ella, hablándole. La noche cayó y Navika ya había perdido la esperanza de que mejorara. No pudo separarse de ella y no planeaba hacerlo, solo quería sostenerla en sus brazos, aún respiraba pero estaba sumida en un profundo sueño. El aire, lleno de cenizas, los golpeaba con fuerza y Navika

solo se aferraba al cuerpo inerte de Beata, la oscuridad de la noche y el cielo estrellado jamás se le habían hecho tan tristes hasta esa noche.

De pronto, una luz, que provenía del pecho de Beata, comenzó a brillar y se hizo cada vez más intensa. Esto produjo en Navika alegría pero también un gran miedo ya que no sabía qué estaba ocurriendo con ella. La puso suavemente en el suelo y se levantó rápidamente dando pasos hacia atrás, cauteloso solo pudo observar cómo la luz crecía y crecía. De un momento a otro, esta luz se encogió y el cuerpo de Beata volvió a brillar. Abrió sus ojos y, lentamente, se puso de pie. Navika se quedó estático mirándola y una paz y alivio lo invadieron, las lágrimas brotaron de sus ojos ya que ella se veía perfectamente bien. Beata solo se incorporó para decirle, mirándolo a los ojos:

—Ya no tengas miedo, Navika, en mi sueño descubrí que no puedo morir.

Después de estas palabras la luz que Beata emitía se hizo más intensa tanto que Navika no pudo continuar mirándola y lo hizo retroceder; de pronto, pudo ver cómo el cuerpo de Beata había desaparecido y la luz se había incrustado en el suelo cuarteándolo y quebrándolo con fuerza. También había entrado al agua del río en forma de rayo, pero se movía lento y nadaba bajo la superficie. De a poco, esa luz blanca comenzó a tomar forma de pez, y Navika pudo ver cómo nadaba en las oscuras aguas. Sabía que Beata estaba allí, así que entró al río para intentar tomarla con sus manos, pero sus dedos atravesaban esa forma de luz bajo el agua, hasta que, de un momento a otro, desapareció. El aire se calmó y una brisa fresca acarició a Navika, él solo estaba ahí con el agua hasta la cintura intentando entender qué había sucedido.

Beata había desaparecido, no había dejado huella ni un cuerpo que enterrar. No estaba seguro de si había

muerto; a estas alturas ya no estaba seguro de nada. Solo sintió que todo por fin había terminado, Beata ya no estaba más en este mundo material, se había convertido por completo en luz y se había hecho nada, ya no estaba en ningún plano al que Navika pudiera acceder, y él se había quedado solo por completo y no sabía si ella volvería. Miles de pensamientos asaltaron al pobre Navika esa noche, quería verla otra vez, quería que le dijera que estaba bien y que le diera esperanza de que él también estaría bien sin ella y en este enorme valle donde reinaba la soledad y la gran nada, en este gran cementerio donde ya no había nada más que muerte a donde quiera que mirara; era tan desolado y triste el panorama que solo quería dormir y así tal vez existiría una posibilidad de que el mañana fuera mejor porque esa noche estaba solo, antes había estado bien con su soledad, alejado del mundo humano, internado en el mágico Bosque del Aullido porque tenía la certeza de que el ser que más amaba estaba ahí, pisando su mismo suelo, viviendo del mismo río y contemplando el mismo cielo, las mismas estrellas y danzando bajo el sol. Cada rayo de sol que se posaba sobre él, era el mismo que tal vez un día anterior se había posado sobre el cabello blanco de ella. Esa sensación de estar cerca de ella, sin estarlo, lo había mantenido feliz y tranquilo en ese hermoso bosque; pero eso ya no existía, ni el bosque ni ella, ni los ciervos que ella había acariciado. El desconuelo total lo llevó a una noche de llanto porque por fin había ocurrido el final que no quería presenciar jamás: perder a su único ser amado y su hogar. Cansado, durmió a la orilla del río lo que quedaba de esa nefasta noche, solo con la última imagen de Beata en su cabeza, ese pensamiento era el que lo hacía sentir un poco mejor dentro de todo el dolor que sentía.

La mañana siguiente Navika pudo confirmar que todo había sido real y que Beata se había ido para siempre.

Y así el bosque también había llegado a su fin, pero él se propuso sobrevivir; ya había hecho lo suficiente como para saber que no iba a morir pronto, sabía que era resistente y tenía que vivir. La vida lo había puesto en el camino de Beata a muy corta edad y sentía que, por alguna razón, debía seguir allí. Así que cuando por fin se había decidido a emprender su camino fuera del Bosque del Aullido, las ventiscas comenzaron otra vez a azotar el suelo de ceniza bajo sus pies, lo cual lo hacía tambalearse por la debilidad de sus piernas y le impedía caminar. El viento era tan intenso que se ayudaba con una vara usándola de bastón, tomó con su cantimplora la última agua del río para iniciar su viaje fuera del que había sido un hogar durante toda su vida. Así emprendió su camino fuera del bosque, sabía que sería duro pero no había más que hacer en ese lugar donde solo había muerte y desesperanza.

Después de caminar un día entero, Navika se sentía tan cansado que veía muy lejana la posibilidad de poder salir del bosque y lo peor es que, mientras avanzaba, las ventiscas se intensificaban aún más y le era más difícil alejarse y salir de ese gran bosque de ceniza. Era tanta su fuerza que Navika tuvo que detenerse en un gran árbol que, aunque negro y calcinado, tenía una raíz gruesa y podía sujetarse de él y cubrirse del fuerte viento. El sol era intenso y el calor no dejaba a Navika ver al horizonte. La ceniza se levantaba con el viento y la visibilidad era casi nula, se sentía en medio de un gran nube, se sentía tan atrapado en ese maldito lugar que solo deseaba irse lejos a la montaña y vivir en lo alto lejos de allí, pero esa posibilidad se veía muy lejana por ahora y muchas veces pensó que no lo lograría. Estando ahí bajo ese árbol muerto, sin comida, poca agua, calor y una gran tristeza y cansancio solo podía pensar en Beata, la imagen en su cabeza lo llevaba a un lugar mejor al menos solo en su imaginación pero por lo menos lo hacía escapar un poco

de su sufrimiento. Le dolía que ella ya no estuviera aquí pero también le dolía que nada había servido y el bosque no había sobrevivido tampoco. No pudo evitar dejar caer algunas lágrimas al recordarla pero ya no había nada más que hacer.

De repente una fuerte ventisca golpeó el árbol donde se refugiaba Navika y él se aferró más su tronco. Al abrir los ojos, asustado, pudo ver en las raíces del árbol que el viento había levantado con fuerza las cenizas en el suelo y que bajo ellas había miles de brotes verdes de pasto y otros rojos de plantas extrañas. Navika no podía creer lo que veía. Bajo la ceniza crecía vida sin que él lo hubiera notado, crecía con una rapidez impresionante, como si las plantas hubieran sido bautizadas por el fuego y ahora pudieran florecer, el techo del bosque estaba totalmente abierto y la luz entraba de lleno hasta el suelo haciéndolas crecer en total plenitud. Los días transcurrieron y Navika olvidó la idea de irse del bosque, estaba tan fascinado con su crecimiento repentino que no podía irse sin ver qué más sucedería. El bosque estaba tan alejado de morir que no podía creerlo, estaba renovándose todo por completo y Navika llegó a pensar que todo lo que estaba aconteciendo con este crecimiento magnífico y delicado no habría sido posible si el fuego no le hubiera dado su bendición, él era un elemento que purificaba las almas al verlo y si provenía de Beata no podía ser malo. Ahora comprendía todo, el bosque no había muerto, solo estaba cambiando y Beata lo sabía. Nada que ella hiciera podía dañar la naturaleza aunque ella así lo hubiera querido... o, tal vez, su partida del mundo había sido para que el bosque pudiera revivir como lo hacía ahora; eso era algo que tal vez nunca sabría.

Los días transcurrieron y, poco a poco, el bosque volvió a parecerse a lo que era; esos días se hicieron años y Navika pudo verlo, vio tantos árboles crecer, tantos animales volver, tantos días soleados y tantas noches

estrelladas llenas de magia otra vez; vio cómo había muerto y cómo había revivido con más fuerza. Su vida era ese bosque y nunca se pudo ir. Seguía dándole todo lo que necesitaba para vivir plenamente y una de esas cosas era una insuperable tranquilidad; sin más humanos el bosque era su hogar. Sus años allí lo hicieron darse cuenta de que ese lugar mágico no había terminado de renacer, siempre encontraba zonas en las que seguía carente de vida, era tan inmenso que se recuperó lento, tan lento que iba a tener que esperar. Navika sabía que los años no le alcanzarían para poder verlo renovado totalmente pero sabía que algún día lo haría por sí solo, estuviera para verlo o no.

Tantos años habían pasado y nadie volvió jamás al pueblo Jannada. Navika seguía esperando que alguien descubriera nuevamente ese pueblo abandonado pero ese día no llegaba. El bosque se extendió hacia el pueblo también y lo cubrió poco a poco de maleza. El pueblo era verde y las plantas crecían dentro y fuera de las casas, los ciervos corrían por el pueblo y bebían de la fuente; hasta ahora Navika disfrutaba de ir al pueblo porque solo era para él. Había vuelto al que fue su hogar y vivió ahí en total soledad, los ciervos lo despertaban a veces paseando afuera de la cabaña y él disfrutaba de su visita. Así pasó Navika sus días, tranquilo en esa cabaña. Aunque quería seguir explorando el bosque e ir en busca de algún *Luciempierium*, su cuerpo ya no se lo permitía, se había vuelto lento y a veces creía ver a Beata pasear cerca de la cabaña entre los pinos, pero eran los venados que engañaban su vista ya cansada y vieja. Sus deseos por ver al bosque recuperado totalmente eran tan grandes que a veces intentaba internarse más en él pero su vejez era tal que se cansaba de inmediato y volvía a su silla a las afueras de la cabaña polvorienta. Solo quería verlo una vez más, quería ver la magia del bosque pero ya no podía. Una noche mientras dormitaba en su catre



escuchó algunos ruidos afuera de la cabaña y sin pensarlo se levantó lentamente y se dirigió cauteloso a la puerta; al salir pudo notar una figura que se movía en la oscuridad y se alejaba lentamente de vuelta al bosque. Navika no podía distinguir qué era ese ser, pero al acercarse más pudo ver que eran un par de ojos dorados que brillaban con fulgor en la oscuridad y lo miraban fijamente. Navika no pudo evitar recordar a Beata. Esos ojos eran idénticos a los de ella, daban la misma paz y miedo a la vez, ya que su brillo y luz penetraban muy adentro de sus entrañas, como una daga brillante y hermosa que puede matarte si te dejas llevar por su brillo. Esos ojos inmóviles permanecían ahí solo observándolo, misteriosos en plena oscuridad. Navika sentía miedo porque no sabía qué eran pero aun así quería saber. Esos ojos le eran demasiado familiares y sentía que podía ser ella, sabía que no podía morir. Se lo había dicho al final. Sentía que volvería a él; tenía que saber si era ella; tenía que hablarle una vez más. Su curiosidad era tanta que se acercó lo más que pudo a esos ojos dorados. Caminaba lento y se apoyaba en su bastón pero hacía todo lo posible para correr hacia ella, su corazón latía muy rápido y la emoción lo empezaba a conmovir, sus ojos se llenaron de lágrimas, pues cada paso lo aproximaba a esos ojos brillantes haciéndolo percibir más su presencia, sentía que una inmensa paz lo invadía. Entre más se acercaba a esa figura misteriosa con ojos de sol más se convencía de que Beata había estado viva todos estos años, toda esta vida y que había vuelto al final de sus días para despedirse una vez más y para volverle a decir que no tuviera miedo, que ya estaba viviendo el ocaso de su camino pero que la vida había sido hermosa. Tenía que ser ella, no había duda.

Esos ojos lo miraban con un amor y una tranquilidad que tenían que ser de Beata. Las lágrimas brotaron de sus viejos y cansados ojos grises y, en un mal paso, el anciano

cayó al suelo abatido por sus lágrimas, se quedó en el suelo inmóvil y solo levantó su vista nuevamente a esa imagen en la oscuridad cuando, de pronto, una nube se movió descubriendo la luna y ahí bajo su luz pudo ver claramente lo que lo acechaba y miraba fijamente con esos ojos de sol. Ahí frente a él, lo observaba fijamente un gran animal que se encontraba en cuatro patas como muchos otros y su apariencia era una extraña mezcla entre un zorro y un oso; fue lo que sus viejos ojos alcanzaron a distinguir, sin duda no era Beata.

—Pero entonces, ¿qué era? —se preguntaba Navika aún tirado en el suelo. Poco a poco, vino a su mente esa imagen porque aunque no sabía qué era ese animal su forma le era familiar, si bien jamás lo había visto seguro había escuchado de él. Ya era viejo y eran pocas y contadas las cosas que desconocía. Sin duda era un hermoso e intimidante animal y estar frente a él le causaba demasiada impresión, el animal lucía tan cómodo en esa oscuridad que seguro era un ser nocturno y místico.

Aunque era muy diferente a todo lo que había visto antes no tuvo miedo, solo seguía sintiendo una gran curiosidad por saber más de él. Navika solo pudo quedarse ahí limpiando sus lágrimas y este animal lo miraba allí, tendido en el suelo. De un momento a otro, levantó su cabeza y abriendo su hocico al cielo dejó salir de sus entrañas un aullido tan desgarrador que parecía provenir de su alma rezándole a la luna, no podía ser otra cosa. Ese sonido era algo fuera de este mundo y tan único que tenía que ser magia. Ante este extraño sonido, el pecho de Navika se llenó de una inmensa alegría. Este ruido era tan diferente y tenebroso a cualquier cosa que él había escuchado, era más como un lamento y estaba muy alejado de ser algo como el canto de las aves que es agradable al oído; pero entre toda esa extrañez seguía siendo un sonido hermoso, era la plegaria perfecta para la luna.

El animal le brindó una última mirada a Navika antes de darse la vuelta y así corrió hacia la espesura del bosque y desapareció. Navika jamás había visto un lobo pero en su aparición supo que el bosque por fin estaba vivo; los animales en los que se habían inspirado para darle el nombre a este vasto lugar habían vuelto. Vivían nuevamente después de creer que habían desaparecido por completo desde hacía tantos años y Navika pudo verlos por primera vez en su vida. Eso era la prueba más palpable de que Beata estaba más viva que nunca; tal vez ese lobo estaba más ligado a ella que cualquier cosa, tal vez era ella en otro cuerpo ya que esa mirada de total desapego era la muestra más grande de amor que puede existir, una mirada de aceptación y sin ningún afán de poseerlo, el hecho de buscarlo para saber si está bien y de retirarse con el alma en paz era una inmensa prueba de amor.

Navika quería que ella supiera que, a pesar de lo frágil que era su naturaleza humana y que aunque ella no podía corresponder ese amor como él siempre quiso, era un ser humano igual de importante que los demás seres vivos del bosque. Quería que Beata pudiera ver que existía algo más en el hombre, podían llegar a ser seres espirituales, podían amar sin esa intensa furia y bajos instintos, podían ser seres pacíficos y fieles, podían ser seres que aprenderían aunque fuesen imperfectos en su interior. El mundo y los animales estaban ahí para que el hombre aprendiera de ellos. Eso era algo que Navika había entendido desde que era muy pequeño. Quería que ella supiera que el hombre posee una mente vasta en inteligencia y que portaban espíritus tan inquebrantables que podían vivir tantos años en total agonía y de esos sucesos obtenían más fortaleza, el espíritu humano es la cosa impalpable más fuerte que pueda existir y eso era algo reconocible y admirable. A pesar de ser seres frágiles

y llenos de miedos podían ser algo más; él quería tener una oportunidad más para decirle que no todo estaba perdido; que, así como él, debía haber personas valiosas en su destructiva naturaleza, algunos más como él, con un corazón amable y respetuoso por los demás seres vivos; no podían ser una casualidad y quería decírselo. El lobo se había ido y Navika solo quería verlo una vez más y decirle tantas cosas. No podría saber jamás si esa visita era Beata, pensó que tal vez solo eran los delirios de un anciano deseando ver a su gran amor una vez más. Sea lo que fuera, la visita de esa noche le brindó una inmensa emoción a ese pobre viejo que aún seguía deseoso de verlo todo. El bosque estaba más vivo que nunca, esto no significaba que fuera inmortal, el bosque era un pequeño punto de luz y vida en un gran mundo lleno de la envolvente oscuridad en el universo. El lobo había renacido de la luz y de las cenizas en las que se convirtió la última Lucempierium en el mundo, ella se despidió brindándole este último regalo al mundo y, en especial, al niño aventurero que quería verlo todo.

Este libro se terminó de editar  
en la casa de Nueve Editores SAS,  
enero del año 2022.

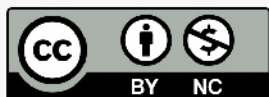
El cuerpo de texto está compuesto en la  
fuente *Adobe Caslon*.

Colección Indicios

[www.nueveeditores.com](http://www.nueveeditores.com)



Contemplando al cielo en una noche sin estrellas de verano surgió en mí la pregunta: ¿quién miró esa luna por primera vez? Un cuento fue el resultado de una época de mucha inspiración en mi vida y de unas ganas inmensas de contar aquella historia que imaginé. Durante una clase de Literatura surgió en mí esta idea haciendo un escrito corto que siguió creciendo y creciendo hasta convertirse en *Luciempierium*: una historia romántica y de fantasía que mostrará al lector una versión del pasado mística y fabulosa que estrujará su corazón y lo llevará al bosque y a la luz. Nuestro origen y quienes contemplaron nuestro mundo por primera vez, el descubrimiento, el choque entre dos razas (la primera y después nosotros), el odio y el amor que surgió de este encuentro. ¿Qué nos dejaron nuestros antecesores? ¿Aún podemos ver esas cosas? ¿Todo empieza con la muerte de la magia?



 **nueve**  
editores